

Un Cowboy
por Navidad



TESS CURTIS

Un Cowboy
por Navidad

TESS CURTIS

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de la titular del copyright.

Título original: Un Cowboy Por Navidad

©Tess Curtis, @2019

Fecha de publicación: Noviembre 2019

Diseño de portada: Nina Minina

Maquetación: Nina Minina

Imagen de portada: iStock

Otras imágenes: Freepik

Esta obra fue registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Palencia el 17 de Octubre de 2019

ISBN: 9781698990477

Los deseos, a veces, se cumplen.
¡Feliz Navidad!
Tess Curtis

Camino al paraíso

Ashley visualizaba el paraíso en su mente y nada tenía que ver con playas y palmeras. En aquel momento de su vida lo único que deseaba era tranquilidad y desconexión. Los últimos tiempos no habían sido fáciles. Había descubierto a su prometido con otra mujer el día antes de Navidad hacía justo un año. Aquellas, sin duda, fueron las Navidades más tristes que recordaba haber pasado. Había puesto por excusa un viaje de trabajo para evitar pasar las fiestas con su familia y había permanecido todo aquel tiempo en casa, comiendo galletas de jengibre y otros dulces navideños para mitigar el dolor que aquel impresentable le había causado.

—Eso es el pasado y lo tengo superado —se dijo a sí misma en voz alta, mientras miraba a la carretera. Lo cierto era que hacía rato que había empezado a nevar copiosamente. Había pensado en detenerse en el siguiente pueblo que viese. Aun así, el lago Ennis ya no debía estar lejos y probablemente sería el próximo desvío que viera. Solo necesitaba que dejase de nevar hasta allí, luego como si no quería parar en los diez días de vacaciones.

—¡Mierda! —exclamó girando bruscamente el volante, al ver un reno cruzar justo delante de ella.

El coche resbaló con la nevada y la brusca maniobra, a pesar de los neumáticos de invierno, para terminar en la cuneta, que por suerte no era muy profunda, pero llena de nieve de días anteriores.

Ashley maldijo para sí misma, una vez se detuvo el vehículo. Vio que el reno se paraba a mirarla desde el medio de la calzada antes de continuar su camino tan campante.

—Sí que la has hecho buena, Rudolph —dijo refiriéndose al ciervo de Santa Claus.

Después de al menos media hora tratando de sacar el vehículo de la cuneta bajo la intensa nevada, se rindió. Nadie había pasado por la carretera en todo aquel tiempo. Estaba muy desviada de la autopista y por aquel camino, con la nevada que no cesaba y en las fechas que eran, nadie en su sano juicio saldría del lado de la chimenea de su casa. Decidió sacar el teléfono móvil para llamar a la grúa. Con suerte en no más de una hora podría estar fuera de la cuneta.

—No me fastidies tú también —le dijo a la pantalla del teléfono móvil, en la que lucía un parpadeante mensaje anunciando que no tenía señal.

Ahora sí que estaba perdida. Tenía menos de medio depósito de combustible, no sabía exactamente dónde estaba y quedarían a lo sumo dos horas de luz diurna. Quizá menos si no dejaba de nevar de aquella forma.

Tras una hora de espera en la que ni un solo vehículo pasó por aquella carretera, se planteó sus opciones. Seguir esperando a que pasase alguien o caminar un poco bajo la nieve sin alejarse, en búsqueda de cobertura para el teléfono.

Una cabaña en la nada

Tyler se sentó en el sofá, con los pies sobre la mesa de café, frente al fuego. Se había instalado hacía unos días en la cabaña que había comprado a muy buen precio, al recién divorciado dueño del concesionario de McAllister. Era una edificación moderna con aspecto exterior rústico en medio de la nada, a medio camino entre el rancho familiar en McAllister y la zona de Norris. La vivienda constaba de todos los lujos que se podrían esperar de un lugar como aquel, que no eran otros que agua y luz. No necesitaba nada más. Aunque la cocina totalmente equipada y el resto de la casa, con los tres dormitorios amueblados y los dos baños completos, tampoco le molestaban. Ahora solo necesitaba quince días de silencio hasta que pasara el grueso de las fiestas navideñas. Su padre se había mostrado conforme con darle tres semanas libres de las obligaciones del rancho familiar. Su madre, sin embargo, no creía que la soledad le fuera de ayuda. Pero Tyler sabía lo que más necesitaba en aquellas fechas, y era precisamente aquello. Una cabaña sin recuerdos de una vida anterior y que la Navidad pasara desapercibida para él.

Unos golpes en la puerta lo sacaron del sopor en el que el almuerzo y el calor de la chimenea lo habían sumido. Solo su familia sabía dónde estaba y esperaba sinceramente que no se hubieran tomado la libertad de boicotear su retiro.

Abrió la puerta hastiado, ya que se había hecho a la idea de no ver a nadie hasta pasadas las fiestas. Sin embargo, no esperaba lo que vio ante su puerta. Era una mujer joven, envuelta con un abrigo, una bufanda y un gorro tan blancos como la nieve que la cubrían. Miró detrás de ella y no vio ningún vehículo. La mujer debía haber venido caminando.

—No compro nada —le dijo Tyler, subiendo una ceja, esperando una explicación de la mujer de blanco.

—No vendo nada. Solo me preguntaba si podría usar su teléfono —respondió ella, aterida de frío, tanto, que su voz temblaba.

—No tengo teléfono —le repuso ahora Tyler, escudriñando lo poco que se veía del rostro de la mujer de blanco. Apenas pudo vislumbrar unos ojos azules entre el gorro y la bufanda.

—Quizá tenga usted línea en el teléfono móvil —rogó ella—. Porque yo no.

—Me temo que dentro de esta zona de árboles no se encuentra red.

El tipo aquel no la invitaba a pasar, Ashley notaba que, o bien desconfiaba de ella o era un hombre un tanto extraño, por muy guapo, imponente y grande que fuera. Si una cosa había que reconocer era aquella: el hombre de la cabaña era muy atractivo. Lo habría admirado mejor si no estuviera congelándose de frío, tras el paseo de más de quince minutos hasta hallar la cabaña, que gracias al humo de la chimenea había podido encontrar.

—¿Puedo pasar aunque sea un momento? —preguntó ella, pasando al lado de él sin esperar invitación.

Tyler se sorprendió del descaro de la mujer, pero, aun así, cerró la puerta para evitar que el calor reinante en la casa se escapara y se giró hacia ella, pidiendo una explicación sin palabras.

—Siento ser tan maleducada, pero llevo varias horas en la nieve y estoy helada. He tenido un percance y mi coche se ha salido de la carretera, llevo esperando siglos a que alguien pase por allí.

—¿Sabe usted que hay alerta por fuertes nevadas en la zona? —preguntó Tyler, poniéndole de manifiesto su inconsciencia por conducir bajo aquellas condiciones.

—No he tenido tiempo de mirar el pronóstico del tiempo —respondió ella, tratando de excusarse.

Tyler la volvió a mirar de arriba abajo. La nieve de su abrigo comenzaba a deshacerse haciendo que brillase el agua sobre la prenda.

—Nadie pasará por la carretera en días, hasta que no amaine el temporal y pase la quitanieves —dijo seguro de aquello.

—¡Vaya! —Se sorprendió ella, poniendo a trabajar su mente, para hallar una salida a la situación—. ¿El lago Ennis está muy lejos? ¿Me daría tiempo a llegar antes de que anochezca?

—¿A pie? —preguntó Tyler, esbozando una leve sonrisa. Aquella mujer era perseverante. Le empezaba a caer bien. Estaba cayendo una tormenta de nieve de mil demonios, en un par de horas probablemente tendrían que salir por la ventana de la cabaña y ella estaba pensando en caminar hasta el lago Ennis.

—Sí.

—Me temo que son algo más de siete millas.

—Oh, vaya. Quizá mañana...

—Mañana es posible que tengamos que salir por el tejado de la casa al exterior, señora.

Ashley frunció el ceño, la nevada parecía ir en serio. Y ahora estaba tirada en la carretera o, mejor dicho, en la casa de aquel hombre que, aunque le había visto esbozar una sonrisa hacía unos instantes, estaba segura de que no estaba dando saltos de alegría de tenerla allí.

—¿Trae equipaje consigo? —preguntó Tyler, tras suspirar, haciéndose a la idea de que tendría que alojar al menos durante un par de días a aquella desconocida dama de blanco de la que aún no conocía ni siquiera el rostro, ya que seguía embutida entre el gorro de lana y la bufanda.

—¡Oh! Yo no... No quiero importunarle.

—Me temo que no hay elección. Tendrá que quedarse aquí mientras dure el temporal de nieve.

—Tengo el equipaje en el coche —dijo ella, tomando consciencia de que no tenía otra alternativa.

—Si me deja las llaves del coche, se lo traeré —se ofreció Tyler, algo que sorprendió a Ashley, visto su recibimiento.

—Está cayendo una ventisca de mil demonios —objetó ella.

—Si no voy ahora, es posible que no lo podamos recuperar, ensillaré el caballo y no tardaré más de unos minutos en volver —aseguró mientras cogía un abrigo del perchero de pie que había al lado de la entrada de la cabaña, unos guantes y un gorro.

—Todo suyo. Gracias —respondió ella, alargando la mano enguantada para darle las llaves—. Es solo una pequeña bolsa de viaje que está en el maletero. Vaya con cuidado.

—Descuide. Puede ponerse cómoda y sentarse frente a la chimenea —dijo él, antes de salir por la puerta y cerrar tras de sí.

Ashley fue consciente entonces de que no se había desprendido de ninguna de las prendas que llevaba encima. Todavía seguía aterida de frío, lo mejor sería deshacerse de aquel abrigo húmedo que portaba y entrar en calor frente al fuego, como le había propuesto el hombre de la cabaña.

Colgó las prendas en el perchero de la entrada y se dirigió, peinándose el cabello con los dedos, hacia la zona de la chimenea en la que un fuego ardía con viveza. Se detuvo frente a esta primero para calentarse las manos y luego, volviéndose de espaldas, observó la estancia que se desplegaba ante sus ojos. Era un lugar decorado con muy buen gusto, realmente acogedor. La cocina, de concepto abierto, podía verse desde la zona de estar, completamente equipada. El comedor lucía un fantástico juego de mesa y sillas de madera natural y frente a ella tres sofás alrededor de la chimenea. Ojalá la cabaña que había alquilado en el lago Ennis fuera algo del estilo. ¿Cuándo podría llegar hasta allí? Ni siquiera había podido llamar para avisar de que estaba atrapada cerca. Cogió el teléfono móvil y encendió la pantalla pulsando un botón. El mensaje avisándole de que no había red seguía apareciendo.

Como un ángel

Tyler dejó la bolsa de viaje a sus pies y se deshizo de las prendas de abrigo en el perchero de la entrada. Se volvió hacia el salón y pudo ver las femeninas y rotundas curvas de la mujer de blanco, ahora convertida en una mujer enfundada en unos vaqueros ajustados, unas botas altas y un jersey rojo de cuello cisne, que se ceñía perfecto a su figura. La larga cabellera rubia miel le llegaba hasta casi la mitad de la espalda en ondas que antes debían estar escondidas bajo el gorro de lana. Cuando ella se giró, dejando de observar la chimenea para mirarlo a él, sonrió al fijarse en la bolsa de viaje que tan bien conocía en sus manos.

—Siento causarle tantas molestias —se disculpó.

Ahora Tyler pudo admirar su rostro, de facciones perfectas, boca de labios carnosos, dientes blancos y alineados, nariz pequeña y los preciosos ojos azules que ya conocía.

—No es molestia, señora. —Sonrió él, tratando de salir airoso, tras quedarse unos segundos en silencio, admirándola.

—No soy señora de nadie, soy Ashley —le repuso, acercándose, para tenderle la mano.

Tyler le estrechó la mano, sintiendo una incomodidad en su entrepierna.

—Yo soy Tyler, tampoco soy señor de nadie.

Ashley sonrió con el comentario aclaratorio del hombre de la cabaña, ahora conocido como Tyler.

¿En serio había salido semejante estupidez de su cabeza? ¿Estaba flirteando con una mujer? Una mujer bonita, que además, tenía que reconocerse a sí mismo, era muy de su agrado. Tampoco era para tanto, hacía dos años que no vivía más que para trabajar y algo más de ese tiempo que no había estado con ninguna mujer, y mucho menos tan bonita como la que tenía delante. Se dijo que era algo fisiológico y normal. Pero, desde luego, ya sabía a qué parte de su cuerpo se había ido la sangre de su cerebro.

—Gracias por acogerme, Tyler.

—¿Un café? —preguntó él, señalando la cocina, a su espalda, aún costándole separar los ojos de su invitada.

—¡Por favor! —pidió ella, poniendo los ojos en blanco.

Gesto que no le pasó desapercibido a Tyler y aumentó su incomodidad.

—Siento mucho si he resultado algo grosero al conocernos —dijo, pasándole la taza de café un rato después.

—Gracias —respondió ella, aspirando el aroma del café, envolviendo la taza con ambas manos para sentir el calor—. No tienes por qué disculparte, la que ha venido a ocupar tu hogar he sido yo.

—Estas no son unas fechas que me gusten especialmente —confesó él.

—Ya somos dos.

—¿Por eso venías al lago Ennis?

—¿Vives aquí? —respondió ella con una pregunta. No quería hablar de aquello.

—Desde hace muy poco tiempo —respondió él, captando la indirecta. Ella no quería hablar de los motivos de su visita al lago.

—Pues te ha quedado preciosa la casa —alabó Ashley, echando un vistazo a la zona de estar desde la cocina.

Tyler sonrió de forma encantadora, aceptando el cumplido, y ella se fijó en los bonitos hoyuelos que se le formaban en las mejillas al sonreír. Con un café en el cuerpo y habiendo entrado en calor, se fijó en él y se dijo a sí misma que aquel hombre estaba tremendo. Al fin y al cabo, no parecía que fuera a ser un suplicio el haber quedado aislada en aquel recóndito lugar, quién sabía dónde, a siete millas del lago Ennis.

—Te lo agradezco, pero para ser completamente sincero, he de decir que no es obra mía.

—¡Ah! Ya me parecía imposible que además de guapo tuvieras buen gusto —dijo, tapándose la boca al instante con la mano, dándose cuenta de que acababa de expresar un pensamiento con palabras.

Tyler la miró, subiendo una ceja, y estalló en una sonora carcajada, que de nuevo hizo que aquellos bonitos hoyuelos aparecieran en su rostro, para deleite de Ashley.

—Lo siento —dijo ella, haciendo una mueca con la boca, que a Tyler le pareció encantadora.

—No lo sientas, me gusta la gente sincera. Lo cierto es que compré la casa hace unos meses y venía tal cual. Un divorcio difícil el de sus anteriores dueños.

—¿Y cuándo es fácil? —preguntó retóricamente ella, suspirando, al recordar el de una de sus mejores amigas.

—¿Divorciada? —preguntó él, interesado en ello.

—No, por suerte. ¿Y tú?

—Sí, pero eso es agua pasada —respondió, restándole importancia al tema, mientras iba a coger la bolsa de viaje de Ashley, todavía en el suelo de la entrada—. Te puedo enseñar la parte de arriba, es aún más impresionante. Estoy seguro de que el baño te va a encantar.

Cena y nieve

—Parece increíble que siga nevando —dijo Ashley al bajar las escaleras. Acababa de darse un baño muy caliente en la espléndida bañera hidromasaje que había en el baño de arriba.

—Me temo que seguirá así unos días más si nada cambia —respondió un atareado Tyler, que abría el horno para controlar la cena.

—Siento las molestias que te estoy causando.

—Al menos he presumido de casa nueva con alguien. —Le guiñó un ojo, antes de dejar la manopla de cocina sobre la encimera.

Ashley sonrió, agradecida.

—¿No se la habías enseñado a nadie? —quiso saber.

—Fuera de mi familia, no.

—Ajá —respondió ella, meditando la respuesta. Familia era un concepto demasiado amplio para saber a quién se refería. Había dicho que estaba divorciado, pero un hombre como aquel no podía durar demasiado tiempo en el mercado.

—Ya está casi lista la cena.

—¿Has cocinado?

—Solo es una pizza —desdeñó él aquel hecho sin importancia y bromeó—: Si además de guapo supiera cocinar bien, sería demasiado bueno para ser cierto.

Tyler observó cómo ella se ruborizaba con aquella pequeña broma y concluyó que estaba aún más guapa que antes, si es que aquello era posible.

—¿No tienes televisión? —preguntó ella mirando a su alrededor, mientras se metía un trozo de pizza en la boca.

—Curiosamente, solo hay en mi dormitorio. No sé por qué, pero parece que aquí abajo no pusieron nunca una.

—Quizá pasaban mucho tiempo en el dormitorio —respondió Ashley sin mala intención.

—Si yo pasara mucho tiempo en el dormitorio seguro que lo último que querría hacer sería ver la tele —respondió él, antes de introducirse un gran trozo de pizza en la boca.

Ashley se tapó los labios con la servilleta para disimular una sonrisa mientras lo miraba.

—Lo siento —dijo ahora Tyler, siendo consciente de lo que acababa de decir—. Quizá no ha sido del todo apropiado mi comentario.

—No te preocupes —desdeñó ella con un gesto de la mano—. Pero veo que no soy la única que a veces dice lo primero que se le pasa por la cabeza.

—Pues al parecer, no. —Tyler se rascó la nuca, sintiendo cierto pudor. Era algo que no solía hacer, pero, dado que había pasado mucho tiempo solo últimamente, era consciente de que había

tomado el hábito de hablar en alto consigo mismo.

La nevada continúa

Ashley se había levantado temprano y había hecho café, no sin abrir al menos una decena de armarios de la cocina hasta dar con el paquete de café molido, pero lo había logrado y ahora degustaba una buena taza del oscuro líquido. Había mirado por la ventana y no había visto nada nuevo, seguía nevando. Así que se apoyó en el lado contrario, en uno de los armarios de la cocina, para observar nevar con más perspectiva, viendo toda la estancia a la vez.

Tyler bajó las escaleras y se dirigió hacia la cocina. No había pasado una buena noche. Uno de sus sueños recurrentes lo había despertado al poco de dormir y le había costado varias horas volver a conciliar el sueño de nuevo. En aquel momento era poco menos que un zombi que solo buscaba su dosis de cafeína. No fue consciente de que Ashley estaba en la cocina observándolo, mientras tomaba una taza, la llenaba e introducía varios terrones de azúcar antes de removerlo con una cucharilla que dejó a un lado de la encimera.

Ashley observó con detenimiento a Tyler, sus gestos, naturales y relajados, sin saberse observado por ella. Se sentía una *voyeur*, pero agradeció tener aquella pequeña licencia para admirar a aquel hombre, que al parecer solo dormía en pantalón de pijama. Sin camisa era incluso más impresionante de lo que se había imaginado el día anterior. ¿Qué demonios hacía un hombre como aquel solo y alejado de la civilización en Navidad? Tyler era muy alto, o al menos se lo parecía a ella, que no pasaba del metro sesenta. Debía medir casi uno noventa y tenía un cuerpo fuerte y unos músculos bien definidos. Contemplarlo era un placer para la vista, sobre todo para la suya, que rara vez se había encontrado un espécimen de tal calibre.

Por lo que había visto el día anterior, sus ojos eran negros y profundos, al igual que su cabello, que le caía sobre la frente. Su rostro era cuadrado, con una fuerte mandíbula y su nariz era del tamaño justo para armonizar con el resto de sus rasgos. Se fijó ahora en su piel, estaba tostada por el sol. O era un tipo que pasaba medio día ejercitándose en el gimnasio o sin duda era de los que trabajaban con las manos y al aire libre. En aquella zona, aparte del turismo, según había leído, existía mucha agricultura y ganadería, ranchos con miles de acres cultivables y cientos de cabezas de ganado.

Tyler bebió de la taza de café y ella pudo ver cómo su nuez de Adán se movía de arriba a abajo. Cuando él se volvió hacia la ventana, quedando completamente de espaldas, ella pudo deleitarse con la visión de aquel trasero tan firme y bien formado. Se imaginó recorriéndole la espalda con las manos y se mordió el labio pensando cuán placentero sería hacer aquello. Un leve suspiro escapó de entre sus labios y Tyler se giró hacia ella, descubriéndola allí.

Durante unos segundos se mantuvieron la mirada, escudriñando uno la del otro. Tyler se sintió endurecer al ser consciente del tipo de mirada que había visto durante al menos dos segundos en los ojos de Ashley. Hacía mucho tiempo que no estaba con ninguna mujer y aquello podría ser

invitación más que suficiente para cruzar la cocina y tomarla allí mismo. Pero se recordó que era su casa, que la había conocido no hacía ni veinticuatro horas y que ella estaba retenida allí contra su voluntad debido a la nieve. No era ni justo ni correcto aquel comportamiento. Aquella mujer, por mucho que lo atrajese, era su invitada y no estaba en un club de moda de Helena.

—Buenos días. —Tyler le sonrió, elevando su taza de café como saludo, antes de tomar asiento en la isleta central.

—Buenos días —respondió Ashley, que había sido consciente de que él la había pillado mirándolo en silencio—. Es bonito ver cómo nieva desde aquí, ya que no se detiene.

—Si no puedes con tu enemigo, únete a él.

—Exacto. Por más que lo desee, no va a dejar de nevar.

—¿Deseas que deje de nevar? —preguntó él subiendo una ceja, divertido. Habría jurado que un rato antes aquello era lo último que deseaba.

—Bueno —comenzó dudando ella antes de decir una verdad a medias—, estoy ocupando tu espacio, seguro que estás deseando que me vaya y recuperar no sé... Lo quiera que tengas que hacer, o recibir a quien tengas pensado recibir.

—Hablabamos de tus deseos, no de los míos —replicó él, con un tono de diversión en su voz. Ashley sonrió. ¿Por qué demonios era tan encantador aquel hombre?

—Deseo dejar de molestarte. Y, bueno, la nieve lo pone difícil, ya sabes. —respondió ella en un tono suave.

—Ya veo.

—No sabía qué desayunabas, por eso solo me he limitado a hacer café, espero que no te moleste el atrevimiento.

—No suelo desayunar gran cosa. El café está genial, gracias. Hoy lo necesitaba.

—¿Una mala noche?

—No he dormido mucho ni demasiado bien.

—¡Vaya! Lo siento.

—No importa. Hora de ponerme en marcha —dijo levantándose del taburete para dejar la taza en del fregadero.

—¿Piensas ir al trabajo? ¿Nevando?

—No, evidentemente no. Pero tengo algunos animales en el establo. Tengo que quitar la nieve hasta allí para poder atenderlos.

—Subo, me cambio y te ayudo —dijo ella solícita.

—No es necesario. —Sonrió él.

—No puedo estar mano sobre mano aquí mientras haces todo el trabajo.

—Solo tengo una pala, pero luego podrás ayudarme con los animales.

—Bien, dime qué hago mientras.

—No tienes que hacer nada. A pesar de las circunstancias, eres mi invitada. Y ni me molestas ni deseo que te vayas —dijo él justo antes de subir las escaleras hacia el piso de arriba.

Ashley sonrió y, sin saber muy bien por qué, le hizo feliz oírle decir aquello.

Hoy cocinamos los dos

Tyler se había dado una larga ducha caliente. A pesar de haber entrado en calor mientras había quitado la nieve, el tiempo era gélido afuera y agradeció el contacto con el agua caliente. Había disfrutado mucho por la mañana hablando con Ashley acerca de los animales y de su compañía en el establo. En cierto modo, se alegraba de aquella tormenta de nieve y le agradaba mucho que a ella tampoco le gustase la Navidad. Tal como lo veía en aquel momento, eran dos Grinch en una casa en medio de la nada, sin adornos, ignorando la época exacta del año. A pesar de que él contaba perfectamente los días en su cabeza. Solo faltaban tres días para Navidad.

—Como no sabía qué te gusta o de cuántos recursos disponemos para gastar estos días no he podido hacer la cena —comentó ella una vez lo vio bajar las escaleras.

—Hay comida para un mes, eso no ha de preocuparte. Y lo que no debe tampoco preocuparte es hacer la cena. Yo haré la cena.

—No puedo estar sin hacer nada. Y tú dijiste ayer que no sabías cocinar.

—En ocasiones oculto algún secreto —rió él.

—¡Qué embustero eres! —exclamó ella sonriendo.

—Solo serán unos macarrones con queso para cenar. Te diría que, mientras tanto, fueras a dar un paseo, pero me temo que la nieve no da tregua.

—Ya —dijo ella suspirando, a la vez que desviaba la mirada hacia la ventana, para corroborar que efectivamente seguía nevando. Al día siguiente, Tyler tendría que quitar otro buen montón de nieve para llegar hasta el establo.

—Menos mal que tenemos comida para todo un mes —respondió él guiñándole un ojo.

—Menos mal. Me pregunto cómo estará mi coche.

—Igual que lo dejaste, pero un poco más frío. Estoy seguro de que no ha pasado nadie por la carretera desde entonces. En esta zona somos personas muy previsoras al respecto de este tipo de temporales.

—¿Y si alguien se pone enfermo?

—En las ocasiones que recuerdo, se llegó a usar un helicóptero, o una moto de nieve si era imposible volar y era muy urgente.

—No tendrás una por ahí guardada, ¿no?

Tyler tornó su rostro en cierta seriedad. ¿Ella quería irse?

—No tengo ninguna. Lo siento. ¿Quieres huir de mí? —le preguntó con una extraña sensación en el estómago.

—¡No! No es eso. Estoy bien aquí, muy bien, de hecho —sonrió ella—, si mi coche estuviera ahí fuera a la vista, debajo de una montaña de nieve, no me importaría, pero me gustaría tener esa certeza. No sé... Es que aún no he terminado de pagarlo.

Ashley se sentó en uno de los taburetes de la isleta central y vio que Tyler sonreía.

—No te preocupes, esto no es Helena. McAllister y alrededores son lugares muy tranquilos, donde te aseguro que encontrarás tu coche tal y como lo dejaste.

—Eso espero.

Tyler hizo diligentemente la cena, en todo momento acompañado de Ashley que le sirvió de pinche de cocina, cocinando codo con codo, comentando y riendo acerca de temas insustanciales. El ambiente mientras cenaban siguió siendo distendido entre ambos. Se sentían a gusto el uno con el otro.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en la zona? —quiso saber Ashley mientras recogían la mesa.

—Toda mi vida. Solo estuve lejos un breve periodo de tiempo mientras estudiaba en la universidad. Luego volví a casa.

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo en un rancho.

—¡Oh! ¡Eres un cowboy!

—De pura cepa, señora —corroboró él, saludándola con un sombrero imaginario e impostando la voz para hacerla aún más profunda de lo que ya la tenía. Algo que la hizo reír.

—¿Y cuál es tu especialidad? ¿Coger terneros al lazo? ¿Entrenar caballos?

—De todo un poco, señora. Un buen cowboy debe dominar todos los aspectos de su oficio —respondió ahora marcando su acento a propósito para verla reír de nuevo. Le gustaba el sonido de su risa.

—Creo que hemos bebido demasiado cenando, cowboy —dijo ella tratando de imitar aquel acento cerrado.

—Aún nos queda la última copa —le propuso él, divertido con la situación—. La mejor siempre es la de después de cenar, al lado de la chimenea.

—¿Crees que debemos?

—Es nuestro deber terminar la botella que hemos comenzado.

Estuvieron largo rato en silencio, sentados en el suelo, sobre la alfombra, uno frente al otro, con la espalda recostada en los sofás, observando el fuego. Sin embargo, Tyler desvió la mirada y comenzó a observarla sin que ella se diera cuenta. ¿Por qué una mujer como ella iría a pasar las vacaciones sola al lago Ennis? ¿O se iba a reunir con alguien? Quizá aquello podía explicar la repentina preocupación que había tenido al respecto de su coche.

Ashley se sintió observada y lo miró. Se mantuvieron la mirada durante un rato, hasta que Tyler sonrió para romper el silencio.

—Me pregunto por qué querías pasar estas fechas en un lugar como el lago Ennis.

—Son mis vacaciones. —El rictus de Ashley se tornó serio y volvió a girar la cabeza hacia el fuego.

El silencio se instauró entre los dos. Tyler fue consciente de que la pregunta aquella le acarreaba algún tipo de sentimiento encontrado a Ashley.

—Lo siento. Es algo que no me incumbe en absoluto. Olvídalo —le dijo, disculpándose.

—Hace justo un año, el día de Nochebuena. —Ashley carraspeó para aclararse la voz—. Quise darle una sorpresa a mi prometido. Él estaba de viaje de negocios en Portland y cuando llegué a su hotel, la sorpresa me la llevé yo. Estaba con otra mujer en la habitación. Salí directa al aeropuerto de nuevo y estuve casi veinticuatro horas intentando conseguir transporte para volver a casa.

—¡Cuánto lo siento, Ashley! —dijo un afectado Tyler, que se culpaba por haber aireado aquel recuerdo.

—Gracias. Es pasado —dijo, en apenas un susurro, con una sonrisa forzada.

—Te duele y no debí preguntar. Discúlpame.

—No, ya no me duele. Es algo que tengo superado —le repuso, forzando de nuevo otra sonrisa.

Tyler la miró, concentrada en el fuego, con gesto serio. Observó cómo una lágrima resbalaba por su mejilla y era limpiada sin ceremonias. Se sintió una mierda por haber propiciado aquella reacción.

—¿Sabes lo que me aún me pregunto? —habló ella de nuevo—. Me pregunto si era tan difícil estar con alguien como yo, simplemente porque tengo un par de tallas más que la otra.

—¿Perdona? —Se sorprendió Tyler.

—Sí. ¿No te lo he dicho? Ese fue su fantástico motivo para dejarme. Porque estoy gorda. Vale, ya lo he dicho. Mi prometido se lió con otra, porque decía que yo estaba como una foca. ¿Acaso soy tan horrible? ¿Resulta un suplicio estar con alguien como yo? —preguntó de forma retórica.

Ashley volvió la cara de nuevo hacia el fuego y se limpió una nueva lágrima que había resbalado por su rostro. Tyler comprendió la humillación que debía ser que alguien a quien veneras y con el que te vas a casar, te deje con una excusa tan peregrina y estúpida como aquella. Porque de una cosa estaba seguro, Ashley era preciosa y aquellas curvas que poseía a él lo volvían loco. Como estaba seguro que sucedería con millones de hombres de todo el mundo si la conocieran.

—Yo... Lo siento. Siento haberte contado mis historias pasadas —dijo ella, levantándose del suelo—. Creo que lo mejor será que me vaya a dormir.

Tyler se puso en pie a su vez y se situó frente a ella.

—Ashley —dijo, poniendo los dedos bajo su barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos.

Cuando sus miradas se encontraron, él la miró con ternura, esbozando una ligera mueca que era el comienzo de una suave sonrisa. Su mano le acarició el rostro y el dedo pulgar se deslizó delicadamente por su mejilla, eliminando la humedad de la última lágrima que había resbalado por el rostro.

—Sabes que ese tío no te quería, ¿verdad? —le dijo con voz suave, sin dejar de mirarla a los ojos.

Ashley asintió con la cabeza, tragó saliva y cerró un instante los ojos.

—Lo sé —dijo apenas en un susurro, volviendo a fijar la mirada en el hombre que tenía enfrente.

Tyler sonrió y volvió a acariciarle el rostro con el pulgar. Su mejilla era cálida y suave como la seda.

—Eres preciosa, rubia. No dejes que ningún gilipollas te haga pensar lo contrario nunca.

—Gracias —respondió ella, de nuevo en otro susurro.

Su intención principal había sido consolarla, sacarla de su error y aliviar el dolor que aquel pensamiento provocaba en ella. Pero ahora la tenía demasiado cerca, la conexión con su mirada y el calor que irradiaba eran tan fuertes, que su cuerpo lo obligó a desviar la mirada hacia los labios de Ashley. Su pulso se aceleró y fue consciente de que deseaba besarla y degustar el sabor de su boca. Bajó la cabeza, acercándose más a ella y ahora usó las dos manos para envolverle el rostro antes de posar los labios suave y lentamente sobre los de Ashley. Notó cómo ella ahogaba un suspiro en sus labios, al notar el contacto de los suyos. Tyler le ofreció un beso lento y suave

que fue correspondido por Ashley durante unos lentos y maravillosos segundos. Ella suspiró de nuevo, posando las manos en el pecho de Tyler, ofreciendo una ligera presión sobre él, algo que hizo que Tyler terminase aquel contacto.

—Tyler —suspiró ella, bajando ahora las manos del pecho del hombre. Lo miró a los ojos apenas unos segundos y cerró los suyos con fuerza para abrirlos a continuación—. No sientas pena por mí, por favor. No lo hagas.

—Ashley —dijo él ahora—. Yo no...

—Por favor, no —dijo ella, cortándole—. Gracias, por todo. Es hora de dormir. Hasta mañana.

Ashley lo miró por última vez y comenzó a subir las escaleras.

Tyler permaneció en el lugar, sin decir nada más, observando cómo ella subía y la perdía de vista. Se dejó caer en uno de los sofás y cerró los ojos. Ahora estaba completamente confundido y excitado. ¿Qué le estaba pasando con aquella mujer?

Dos días para Navidad

Ashley miraba por la ventana de su dormitorio. Seguía nevando y no parecía que fuese a haber tregua alguna. Aún no se había atrevido a bajar esa mañana a la cocina. Estaba confundida con lo sucedido la noche anterior. Se llevó la mano a los labios y se los acarició con un dedo, recordando el beso de Tyler. Suspiró con aquel recuerdo, siendo consciente de que él solo había tratado de ser amable con ella y que la había consolado al conocer lo que le ocurrió. Era una buena persona. Aun así, a pesar de que sabía que se trataba de puro consuelo, no podía negarse a sí misma que aquel beso le había gustado y mucho. Y de que Tyler le gustaba casi desde el primer momento en el que lo había visto.

—Buenos días —lo saludó ella al llegar a la cocina un rato después. Tyler estaba apoyado en la encimera, tan sexy como el día anterior, prescindiendo de la parte superior del pijama.

—Buenos días —respondió Tyler mientras observaba cómo ella se servía el café y lo endulzaba con un par de terrones de azúcar, para removerlo con una cuchara.

—Sigue nevando —comentó ella tratando de romper el hielo. Se sentía observada por él, que aparte de un par de sorbos de su café, no había apartado la vista de ella para nada más.

Tyler no respondió, continuó mirándola, aunque ella le esquivó en esta ocasión la mirada al cruzarse con la de él. Se sentía algo avergonzada por lo de la noche anterior, por haber mostrado sus sentimientos y su realidad de aquella manera tan cristalina a alguien. Y se sentía avergonzada por haber provocado en él aquel sentimiento de compasión, que desembocó en uno de los besos más tiernos que le habían dado nunca.

—Eres preciosa, rubia —le dijo, rompiendo el silencio, para a continuación beber un sorbo de café.

Ashley se ruborizó al instante con aquel comentario, sintiendo una calidez en su interior que le subió desde el estómago hasta las mejillas.

—Y cuando te ruborizas lo eres aún más —afirmó ahora él, esbozando una sexy sonrisa.

—Tyler, eres muy amable, pero...

El dedo índice de Tyler se posó sobre los labios de ella, silenciándola.

—No eres horrible. El hombre al que elijas será un hombre muy afortunado. Pero elige bien la próxima vez, porque siempre hay imbéciles que no saben apreciar lo que tienen. —Tyler terminó la frase con un guiño y una sonrisa en los labios, antes de apurar el café y dejar la taza en el fregadero.

Subió los peldaños de la escalera y desapareció en la segunda planta.

Ashley se había quedado inmóvil en el lugar, pero las piernas comenzaron a fallarle y, tras soltar el aire retenido con un fuerte suspiro, se sentó en uno de los taburetes de la cocina.

—Voy a limpiar la nieve —anunció Tyler pocos minutos después, mientras bajaba las

escaleras.

—Avísame para ayudarte con los animales —dijo ella, dedicándole una brillante sonrisa.

—Puedo hacerlo yo solo.

—Pero quiero ayudarte.

—De acuerdo. —Sonrió él saliendo por la puerta.

Su madre le había dicho que la soledad no era buena para él y que era muy mala idea enclaustrarse en aquella cabaña durante todas las fiestas. Ahora veía que tenía razón en parte, ya que su ánimo había mejorado considerablemente con la presencia de Ashley, en comparación con los días que había pasado solo allí. Sin embargo, sí que hubiera sido una mala decisión el haberse quedado en casa de sus padres. Quién sabía el destino que hubiera corrido Ashley de no haber visto el humo de su chimenea en las cercanías cuando se salió de la carretera. Eso era algo que hacía que su estómago le diera un vuelco, solo de pensarlo.

—Me encantaría montar a caballo algún día por la zona. Por lo que cuentas debe haber unas vistas preciosas —comentó Ashley mientras atendían a los animales.

—El viejo Jack seguro que te acoge en su grupa —respondió Tyler, palmeando con cariño a su caballo.

—¿Y tú cómo irías? Porque espero que seas mi guía.

—Yo iría en esa moto de nieve que tengo escondida para que no huyas de mí —respondió serio, con un toque de diversión en sus ojos, que a Ashley no le pasó desapercibido.

—¡Embustero! —exclamó ella, propinándole un suave puñetazo en el bíceps, que lo hizo reír.

—En realidad. —Tyler le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí, mirando de frente al caballo—. Jack nos puede llevar a los dos. Es un buen tipo. Y si no, siempre podemos conseguir prestado un caballo extra del rancho de mis padres.

—No querría que Jack soportara demasiado peso.

—De mí no se ha quejado nunca y no soy lo que se dice un peso pluma —aseguró Tyler hablando de su envergadura, sin ser consciente en principio del sentido que le quería dar Ashley a sus palabras, que pasados unos segundos captó perfectamente—. ¡Maldita sea, Ashley! ¿En serio?

Ella lo miró arrepentida de sus palabras, especialmente al ver que Tyler fruncía el ceño molesto. Se encogió de hombros para objetar algo al respecto, pero lo siguiente que vio en apenas dos segundos fue el perfecto trasero de aquel cowboy en su cara. ¡La estaba cargando en su hombro!

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le gritó ella cabeza abajo.

Tyler no respondió, se limitó a llegar a la casa, abrir la puerta y soltarla en uno de los sofás, cual saco de grano. Ella se levantó de un salto y se puso frente a él esperando una explicación a aquel comportamiento, aunque no podía decir que no había disfrutado de las vistas.

—Demostrarte que si yo puedo hacerlo, Jack podrá hacer el triple.

—¡Eres un salvaje! —le espetó, haciéndose ver más molesta de lo que realmente estaba.

—Soy un cowboy, señora —respondió él tocando el ala de su sombrero, de nuevo con una chispa de diversión en sus ojos y un acento marcado a propósito.

De nuevo, Tyler sintió los mismos deseos de besarla que había tenido la noche anterior, al estar tan cerca de ella y saberla algo molesta, aunque era consciente de que no lo estaba demasiado. Ambos habían disfrutado del paseo en su hombro. En el último momento, optó por darle un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios.

—Lo siento, rubia. Era algo que necesitabas saber.

Tyler sonrió al separarse de ella, antes de volver tras sus pasos para cerrar el granero.

—¿Dónde viven tus padres? —le preguntó Ashley para romper el hielo, acababan de cenar y, como costumbre, estaban sentados frente a la chimenea. Tyler había estado cada vez más taciturno conforme había avanzado la tarde.

—Cerca de McAllister.

—¿Dónde el lago Ennis?

—Ajá.

—¿Sois muchos en casa?

—Mis padres y tres hermanos más.

—¿Y tú eres?

—El segundo, treinta y cinco años.

—Te conservas muy bien.

—¡Vaya, gracias!

—Siento decirte que no creo que este año celebres la Navidad con ellos. Sigue nevando —dijo echando un vistazo al exterior. Tyler guardó silencio durante unos segundos.

—No pensaba pasar la Navidad con ellos. Le dije a mi familia que me vendría a la cabaña hasta que pasaran las fiestas.

—Ya recuerdo tu alergia a las fiestas.

—Exactamente.

—No te culpo. El año pasado me pasé el resto de las fiestas, cuando pude llegar a Helena desde Portland, en mi apartamento comiendo galletas de jengibre y dulces navideños.

—Mi plan este año era emborracharme hasta perder el sentido y con suerte despertar en Año Nuevo —confesó él.

—¡Vaya! No sé cuál de las dos cosas es peor. Pero no te culpo.

Ashley alcanzó con la mano uno de los cojines del sofá y se lo puso bajo la cabeza, estirándose sobre la alfombra. Observó el techo de la primera planta de la casa, hecho de madera con algunas filigranas. La casa era fantástica, probablemente le había costado un riñón a Tyler.

—Bonito techo —volvió a hablar ella.

Tyler subió la cabeza y lo miró. Lo cierto era que no se había fijado demasiado en aquello. Imitó a Ashley y, poniéndose un cojín del sofá bajo la cabeza, se estiro boca arriba a su lado.

—Es algo en lo que no me había fijado hasta ahora. Sí que es bonito.

—Tienes buen gusto comprando casas, Ty —dijo abreviándole el nombre, apenas sin darse cuenta.

Tyler se giró de lado y la miró. Le había gustado cómo lo había dicho.

—Hubo un tiempo en el que gestionaba varias oficinas de bienes raíces. Se debe notar en mi buen gusto para las casas.

—Pensaba que siempre habías sido cowboy —comentó ella, girándose a su vez, para quedar frente a frente con él.

—Fui cowboy, dejé de serlo y he vuelto a serlo.

—¿Y qué te gusta más?

—Me ha gustado cada cosa que he hecho en cada momento. Pero ahora mismo, me llena más volver a trabajar con las manos.

—Seguro que estabas impresionante en traje —dijo ella lanzándole una profunda mirada.

—¿Ya se te ha vuelto a escapar un pensamiento? —preguntó él riendo.

A Tyler le gustaba la mirada que veía en los ojos de Ashley, hacía años que nadie lo miraba así, y le volvía completamente loco. Todos los que lo conocían en la zona, sabían la historia de los últimos años de su vida y todos lo miraban con pena y compasión, incluidas las mujeres. Algo

que no jugaba a favor de tan siquiera volver a tener una cita con nadie después de su divorcio. Quería que lo trataran como a cualquier otro, no necesitaba la pena y la compasión, porque lo retrotraían a un pasado que quería de verdad superar del todo. Los ojos azules de Ashley le ofrecían aquella mirada que él había casi olvidado que existía. Y eso era algo que le gustaba.

—No, he dicho justo lo que quería decir.

Tyler alargó la mano para recolocarle detrás de la oreja un mechón de pelo que se le había escapado del moño. Aprovechó para acariciarle la mejilla a su regreso y le tomó la mano para estirarla hacia él y besarle los dedos. Luego la posó sobre la alfombra sin que ninguno de los dos se soltase del otro, ya que ambos jugaban con sus dedos y los entrelazaron.

—¿Acaso quieres saber si ligaba mucho en aquella época?

—¿Gracias a tu traje sastre?

—Ajá.

—Solo si quieres presumir de ello delante de una chica —le dijo ella, sonriendo. Una sonrisa que le fue devuelta por Tyler.

—Es bastante posible que mi traje sastre y yo hubiéramos ligado si no hubiese estado casado en aquella época.

—Un hombre fiel. Interesante.

A Ashley le costaba mantener los ojos abiertos y poco a poco durante la relajada charla que mantuvieron se había ido quedando dormida. Tyler fue consciente de ello, pero, en vez de enviarla a la cama, prefirió que ella cayera en un profundo sueño sobre la alfombra, cogida de él. Le gustaba el contacto de su pequeña y suave mano en la suya. Hacía mucho tiempo que no se sentía así con nadie y fue consciente más que nunca de que Ashley le gustaba de verdad a pesar del poco tiempo que hacía que se conocían. Quiso verla dormir y cómo el azul de sus ojos quedó oculto bajo sus párpados para descansar al lado del cálido fuego de la chimenea en un relajado sueño.

Ashley abrió los ojos lentamente y vio la cara de Tyler frente a ella. Solo que él estaba profundamente dormido y relajado. Su gesto era sereno y respiraba pausadamente. Ambos continuaban cogidos de la mano, algo que hizo que Ashley sonriera. Se fijó en él y se dijo a sí misma que era un hombre muy atractivo y que había tenido mucha suerte al encontrar su casa en un momento tan crítico para ella. Aún parecía de madrugada y el fuego no se había consumido del todo, así que se acurrucó más cerca de él y se quedó profundamente dormida de nuevo.

Un día para Navidad

Había conseguido dormir relajadamente esa noche y lo agradecía, era algo que no había pensado que sucediera, dados los sueños recurrentes que estaba teniendo desde hacía varias semanas, por culpa de las fiestas. De ahí su deseo de pasarlas aislado, en un lugar donde el ambiente no le recordase continuamente que era Navidad. Algo que no servía de nada en absoluto, ya que en su cabeza sabía perfectamente el día que era. Esa noche haría dos años que había perdido a la persona que más había querido en su vida y no podía olvidarlo tan fácilmente.

—Buenos días —lo saludó ella, nada más bajar la escalera. Tyler estaba en la cocina de pie al lado de la cafetera, taza en mano, mirando por la ventana. Y continuaba nevando, a pesar de que aquel día parecía que lo hacía de forma más leve.

—Buenos días —respondió él, algo más serio de lo habitual.

Ashley tomó una taza del armario y, después de echar azúcar, se sirvió café. Tyler siguió mirando por la ventana. Se le veía ensimismado y pensativo.

—Puedo comenzar a limpiar la nieve.

—¿Perdón? —preguntó él, girando la cabeza hacia ella. No la había escuchado, su mente estaba casi bloqueada.

—Que comenzaré a limpiar la nieve una vez me tome el café.

—No, tranquila. Ya lo hago yo.

—¿Estás bien? —preguntó ella, preocupada.

—Sí, sí —dijo, tratando de sonreír sinceramente, aunque no logró que le saliera del todo bien la mueca—. Es que con tanta nieve... Ya sabes, es un día de esos que necesito ejercitarme al aire libre. Creo que se me va a caer la casa encima en cualquier momento.

—Benzodiazepina —leyó ella en alto el nombre del bote que estaba delante de él—. ¿De verdad estás bien?

—Ni siquiera las he tomado. Solo estaba pensando si hacerlo o no, o si puedo soportar el día de hoy sin ellas.

La última parte de la frase había escapado de sus labios sin querer, la maldita costumbre, que había adquirido en los últimos tiempos de hablar solo, le había vuelto a jugar una mala pasada.

—Veo que te afecta muy en serio el día de hoy. No vamos a celebrar nada, no temas —le dijo Ashley, tratando de tranquilizarlo.

—Es algo que no podría soportar.

Tyler dejó de mirar por la ventana y, con el gesto contraído, agarró el bote de pastillas y se las puso en la mano a Ashley.

—Guárdalas por mí, por favor —habló de nuevo él.

—¿Seguro?

Tyler asintió con la cabeza y trató de sonreír, aunque de nuevo, no le salió. Subió las escaleras para cambiarse de ropa y salir a quitar la nieve y hacer las tareas de los animales.

—¿Quieres que vaya haciendo la comida? —le preguntó cuando él se disponía a salir de la casa.

—Sí, lo que tú quieras, estás en tu casa.

Ashley entendía a las personas a las que no les gustaba la Navidad, de hecho, a ella misma le había dejado de gustar, pero lo de Tyler era demasiado grave, aquel frasco estaba sin desprecintar, pero debía sentirse realmente mal si estaba considerando tomarse una de aquellas pastillas ansiolíticas. ¿Qué le ocurría a aquel hombre?

Ashley trató de quitarse los fantasmas de la cabeza al respecto, pero lo cierto era que ahora sentía cierto temor. Apenas hacía unos días que se conocían y de repente parecía que Tyler ocultaba algo bastante grave que no le había contado. ¿Quizá se trataba de su divorcio?

Con todos aquellos pensamientos en la cabeza, hizo la comida, preparando unas chuletas que había encontrado en el refrigerador. También hizo un puré de patata casero y una guarnición de guisantes, zanahorias y brócoli. De cuando en cuando, había mirado hacia afuera por la ventana y había observado cómo Tyler se afanaba con la nieve, que se seguía acumulando en la puerta sin descanso, desde hacía ya varios días. Poco después, lo había visto entrar en el establo y, cuando la comida estuvo hecha, la tapó para conservar el calor y decidió salir a llamarlo. Lo encontró cortando troncos dentro del granero y sudando por el ejercicio realizado.

—La comida está lista —dijo, tras observarlo durante unos instantes. Se le veía muy concentrado.

—Gracias —acertó a responder él, deteniéndose—. Había pensando que necesitaremos más leña para la chimenea.

Ashley sonrió y se agachó para comenzar a recoger algunos de los troncos esparcidos por el suelo. No le cabía duda de que, con aquella cantidad que había cortado, habría al menos hasta Año Nuevo. Tyler la ayudó y la colocaron en un montón que había cerca de la puerta del granero.

Tyler había tomado una ducha antes de comer y luego habían comido en el más absoluto silencio. Ashley le había esquivado la mirada durante todo el tiempo. Sabía que le debía una explicación al respecto, pero no quería que la relación entre ambos cambiase o que ella comenzara a mirarlo con aquella mirada de pena y compasión que veía en la mayor parte de las personas que conocía.

—El día de Nochebuena de hace dos años fue el más duro de mi vida —se atrevió a confesarle al fin—. Eso es lo que me ocurre. —Tyler le había llevado un café, mientras ella, sentada en uno de los sofás, hacía como que leía un libro. El comportamiento de Tyler de ese día la había desconcertado. Habían pasado por su mente todo tipo de teorías rocambolescas, a cual peor.

—Lo siento —dijo ella, dejando el libro a un lado.

Tyler se sentó en la mesa de café, frente a ella. Quería ver todos los gestos de Ashley y quería que ella viera que no le estaba mintiendo y que podía confiar en él. Solo que se habían conocido en la época del año equivocada.

—Perdí a la persona que más me importaba.

Tyler cerró los ojos unos instantes, tratando de soportar el dolor de los sentimientos encontrados que tenía al respecto: la pérdida al saber que Zoe se les iba, la culpa de sentirse aliviado por su pérdida, ya que no tenía esperanza alguna.

—Shhhh —dijo Ashley, incorporándose hacia delante en el asiento para poder posar el dedo índice en los labios de Tyler—. No tienes que contármelo si no quieres.

—No quiero que tengas miedo de mí, Ash—respondió el, cogiéndole la mano para posarle un beso en el dorso.

—No lo tengo —le sonrió ella con cariño, sabiendo que había sido injusta al juzgar sin conocer el motivo de la existencia de aquel bote de ansiolíticos.

La noche antes de Navidad

—¿Qué demonios es eso que está sonando? —preguntó Ashley bajando la escalera.

—He encontrado un USB y al conectarlo con el equipo de música ha salido esto —respondió Tyler, visiblemente más animado.

—¡Por el amor de Dios! ¿A quién le compraste la casa? ¿A Matusalén?

—¡Eh, eh! Que son clásicos inolvidables de Sinatra y Dean Martin, de momento.

—¿De verdad esto le funcionaba para ligar a ese tipo? —preguntó ella, enarcando una ceja.

Tyler no pudo por menos que reír ante el comentario de Ashley. Quería resarcirla por el mal trago que le había hecho pasar ese día y, al encontrar aquel USB, no lo dudó ni un segundo. No creía en las señales, pero, si lo hubiera hecho, esa bien podía pasar por una. Era el momento de hacer de tripas corazón y comenzar a vivir de nuevo.

—Escucha, Dean Martin —dijo él al comenzar a sonar los acordes de *Baby, It's cold outside*.

—¿En serio?

Tyler cogió de la mano a Ashley y la hizo girar sobre sí misma, antes de comenzar a bailar lentamente con ella, que se dejó llevar al ritmo de la música.

—*Baby, it's cold outside* —le dijo Tyler al oído.

Ashley rio con aquello. Si bien la música era de otro siglo, le gustaba ser guiada y estar entre los brazos de aquel hombre.

—¿Seguro que solo tienes treinta y cinco? —preguntó para molestarlo.

—¿Te enseñé la licencia de conducir?

—La gente miente en ese documento —desdeñó ella, haciéndole sonreír.

—¿Lo dices por experiencia propia?

—Aún no necesito hacer tal cosa.

—Entonces quizá deba registrar tu bolso para saber tu edad.

—¿No crees que es más fácil si me la preguntas?

—Lo sería, si no fuera de mal gusto preguntarle eso a una señora —dijo poniéndole acento de cowboy a la última palabra.

Ashley volvió a reír con Tyler, finalizando la canción con una vuelta sobre sí misma.

Cocinaron mano a mano en silencio con la música de fondo y cenaron casi de la misma manera, disfrutando del momento y la compañía. A pesar de que no era el día favorito del año para Tyler, reconocía que, por primera vez en mucho tiempo, estaba disfrutando de la noche. Ahora era consciente de que su viejo plan de emborracharse hasta perder el sentido no lo habría ayudado en absoluto. Sin embargo, estar con Ashley aquella noche, cocinando mientras escuchaban aquellos clásicos musicales, era el plan perfecto. Quería pasar página más que nunca y sabía que el motivo de su cambio era aquella mujer que había llegado de forma accidentada a su

vida. Tyler miró por la ventana. Era de noche, pero hacía varias horas que había dejado de nevar. El temporal había terminado y con él la estancia de Ashley en su casa. Probablemente al día siguiente o al otro llegarían las máquinas quitanieves y despejarían las carreteras y el camino hasta su casa. Lo que significaba la marcha de Ashley al lago Ennis. Tyler frunció el ceño.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Sí. —Sonrió él—. Ha dejado de nevar.

—¡Por fin! —exclamó ella—. Me gusta la nieve, pero creo que esto ha sido demasiado.

—Hacía muchos años que no veía un temporal como este.

—Parece que llegué en el momento perfecto.

—No lo dudes ni un segundo —respondió él, esbozando una sonrisa.

—¡Oh! ¡Mira! —exclamó ella al acercarse a él y mirar por la ventana.

Ashley corrió hacia los interruptores y apagó las luces, quedando la estancia iluminada solamente por la chimenea. Tyler seguía al lado de la ventana, esperando ver a qué se refería Ashley, que volvió y se puso delante de él.

—Las estrellas se ven fantásticas desde aquí.

—En el condado de Madison tenemos uno de los cielos más bonitos del país. Hay menos contaminación lumínica que en Helena —corroboró él.

—Cuando era pequeña —habló ella, tras permanecer unos minutos en silencio—, me dijeron que si ves una estrella fugaz en esta época, puedes pedir un deseo de Navidad y, si es algo que anhelas mucho, se cumplirá. Me pasaba horas y horas esperando ver una.

—¿Y alguna vez te funcionó?

—¡Por supuesto! Aunque era solo una niña y los deseos de una niña son fáciles de cumplir para una estrella.

—Quizá debemos esperar a una y pedir un deseo —le propuso él desde atrás, abrazándola por la cintura, mientras miraban por la ventana.

Ashley recostó la cabeza en su pecho y puso las manos encima de las suyas antes de inspirar aire, feliz de estar entre sus grandes y poderosos brazos, sintiendo el calor de su cuerpo. Tyler le gustaba mucho y deseaba que aquello fuese cierto, ya que por primera vez en mucho tiempo se sentía bien. Le había dejado de importar si era Nochebuena o no, porque él estaba haciendo que crease aquel buen recuerdo de la Navidad a su lado. Sentía que su tiempo allí se estaba terminando, el temporal había cesado y el cielo despejado y estrellado anunciaba que su marcha estaba muy próxima.

—Pronto vendrán las quitanieves —comentó ella, apenada.

Tyler guardó silencio y suspiró, posando un beso en su sien.

—Lo sé. Te voy a echar de menos —aseguró abrazándola un poco más fuerte.

—Yo también —confesó ella mientras continuaba mirando hacia el exterior.

—¡Ahí viene una! —dijo Tyler al ver una estrella fugaz.

Ashley cerró los ojos y formuló el deseo en su mente: «Quiero un cowboy esta Navidad».

Navidad

—Treinta y cuatro —dijo ella a sus espaldas, tras observarlo durante un rato, como los días anteriores, recién levantado, despeinado, sin la parte de arriba del pijama, tan impresionante y sexy como era. Sonrió al ser consciente de que él nunca presentía su presencia mientras lo miraba y siempre lo sorprendía.

—¡Buenos días! —dijo él, sonriendo, mirándola fijamente. Tratando de pensar qué podría ser treinta y cuatro, ya que era demasiado temprano para él. Sobre todo porque de nuevo no había dormido bien.

—¿Una mala noche? —preguntó Ashley, siendo consciente de su aspecto.

—Ajá —asintió él y sonrió—. Nada que un buen café no cure.

—Si quieres te devuelvo el bote de...

—No, por favor. Eso ya ha pasado. Solo necesito el café —dijo, subiendo la taza y lanzándole una sonrisa, a la vez que se sentaba en uno de los taburetes de la cocina.

Lo cierto era que no había pasado una buena noche, mientras que había estado despierto, revivía paso a paso lo que había hecho durante las horas exactas hacía dos años y lo comparaba con la noche anterior, sintiéndose culpable por habérselo pasado bien. A ello se sumaba la inminente marcha de Ashley, algo que unido era un cóctel insomne que hizo que apenas hubiera pegado ojo.

—¿Qué tal esto? —le preguntó Ashley posando las manos en su cuello a la vez que colocaba los pulgares en dos lugares estratégicos para destensionarlo.

Tyler emitió un gruñido de alivio, que hizo que ella sonriera, sabía que aquello nunca fallaba. Continuó durante unos minutos trabajando la zona cervical, notando que él se relajaba bajo sus manos, para terminar en el mismo punto en el que había comenzado.

—¿Por qué no me dijiste que sabías hacer esto tan bien?

—No preguntaste —respondió ella con una sonrisa, encogiéndose de hombros.

—Pensaba que eras contable.

—En la consulta de un quiropráctico —le dijo guiñándole un ojo. Tyler sonrió.

—Al parecer eres muy buena observadora.

—Sigue sin nevar —dijo ella, mirando hacia la ventana, tras servirse un nuevo café.

Tyler no supo si deseaba que nevase de nuevo o si era un alivio para ella el que hubiera dejado de nevar.

—Ahora vendrá el hielo. Voy a ver cómo está todo por ahí fuera, por si tengo que sacar la sal para la entrada.

—Me gustaría poder invitarte a comer fuera —comentó Tyler mientras cenaban esa noche.

—¿Acaso no te gusta mi cena? —preguntó ella, bromeando. Tyler estaba dando buena cuenta de esta.

—Me encanta tu cena. Entre como cocinas y las manos que tienes, podría llegar a pedirte matrimonio.

Ashley sonrió.

—Pensaba que con tu experiencia no serías proclive a matrimonios *flash*.

—Todo el mundo puede cambiar de idea —le repuso él sonriendo a la vez que le guiñaba el ojo.

Se oyó un ruido fuera de la casa y Tyler se levantó de la mesa para mirar por la ventana. Era la temida quitanieves, despejando la entrada desde la carretera hasta su casa. Se puso el abrigo y las botas y salió a saludar. Ashley lo miró desde la ventana delantera. Tyler saludó al tipo de la quitanieves y se subió ágilmente por la puerta del copiloto. Era probable que el conductor fuese alguien conocido por él. Siguió mirando un rato por la ventana y luego comenzó a recoger la mesa y meter los utensilios en el lavaplatos. Cuando terminó, se sentó en la alfombra al lado del fuego. Se sentía triste por la llegada de la quitanieves. Y su deseo de Navidad no se había cumplido.

—¿Por qué has recogido? Era mi tarea —se quejó Tyler al llegar a su lado y sentarse también sobre la alfombra.

—Tú estabas ocupado con la quitanieves.

—Era Dave. Nos conocemos de toda la vida. Llevan trabajando desde anoche y calculan que mañana por la tarde tendrán desde Norris a McAllister despejado. Le he preguntado por tu coche y me ha dicho que deben haberlo tapado al retirar la nieve. Mañana de día podremos ir a verlo... O a desenterrarlo.

—Gracias —dijo Ashley, escueta, mirando las llamas en la chimenea.

Tyler se levantó y encendió el reproductor de música con el ya familiar USB. Las notas de *Love is here to stay* de Frank Sinatra comenzaron a sonar.

—Esta canción le gustaba mucho a mi abuelo —comentó volviendo al lado de ella, para tenderle la mano.

Ella estiró la suya y sintió el leve tirón que le dio Tyler para ayudarla a levantarse.

—Prefiero versiones más modernas.

—Yo prefiero la música country, pero ya que estamos aquí —dijo, pegándose a ella para comenzar a bailar.

Ashley se pegó a Tyler y aspiró su aroma para recordarlo, su perfume era herbal y le recordaba a la hierba recién cortada. Tenía que seguir su camino al día siguiente, pero lo cierto era que echaría de menos aquella casa y a Tyler. Incluso aquel temporal de nieve había tenido su efecto positivo en ella. Había reflexionado mucho al respecto. Sin televisión, teléfono o internet había tenido tiempo para relajarse como hacía años que no hacía, y aún le quedaban varios días más en el lago Ennis para culminar su estancia en el condado de Madison.

—Creo que es hora de ir a dormir —anunció ella, separándose de Tyler, tras terminar la canción. De repente, sintió nostalgia de esa Navidad que estaba viviendo y de que aquella fuera la última noche con Tyler.

Tyler apagó la música. La llegada de la quitanieves lo había cambiado todo entre los dos y, aunque ya sabía que sucedería, no por ello dejaba de ser menos difícil.

Ambos quedaron parados, quizá esperando las buenas noches uno del otro.

—No te vayas —dijo Tyler, desviando la mirada hacia el reproductor de música, después de haberla mirado un segundo y saber que la iba a echar terriblemente de menos.

—Mañana será un día ajetreado. Tenemos que descansar —dijo ella, malinterpretando la

pregunta.

—Iremos a por tu coche, pero si lo deseas puedes pasar el resto de tus vacaciones aquí.

Ashley sonrió, pero ella no quería amabilidad por compromiso.

—Es muy amable por tu parte, pero creo que he abusado de tu hospitalidad. Gracias. Buenas noches.

—¡Ashley! —la llamó él, viendo que iba a comenzar a subir las escaleras, con el corazón galopando en su pecho.

Ella se giró hacia él para responderle, Tyler dio tres zancadas y se puso a su altura, tomándole la cara entre sus manos para besarla apasionada y largamente, poniendo de manifiesto cuánto le gustaba.

—Tyler —respondió ella en un susurro, casi sin aliento, cuando sus labios se separaron al fin. Era sin duda uno de los mejores besos que le habían dado nunca, aparte de totalmente inesperado, ya que había perdido la esperanza de ello conforme pasaban las horas de aquel día.

—Ash, no quiero ser egoísta, pero me gustaría que pasáramos las vacaciones juntos —dijo asiéndola de la cintura, con el cuerpo de ella pegado al suyo y su nariz rozándola.

Ashley suspiró al sentir el aliento de Tyler sobre su boca, pidiéndole aquello con tanta ternura. Aquel hombre hacía que le temblasen las piernas.

—¿Estás completamente seguro de lo que me estás pidiendo? —preguntó ella, tragando saliva. Quería que aquello fuera real entre ambos, no un espejismo o un parche para el dolor de alguien.

—Completa y absolutamente —afirmó él, dándole suaves besos en el cuello, a la vez que aspiraba el aroma de su piel, dulce y almizclado.

Ashley suspiró, excitada ante aquel contacto en uno de sus puntos más erógenos. Tyler notó cómo ella se pegaba más a su cuerpo e introdujo una mano debajo del jersey para comenzar a acariciar la dulce piel de aquella mujer, que a cada caricia se rendía más a él, haciéndolo endurecer y volviéndolo loco. Quería más de ella. La volvió a besar larga y apasionadamente en la boca, sintiéndola profundamente. Se separó de ella y se miraron a los ojos, analizando cada uno el deseo del otro.

Tyler tomó una decisión, la quería en su cama y la quería ya. Se agachó y la cargó en su hombro, tal como había hecho aquella mañana. Ashley dio un grito de sorpresa al verse cargada de nuevo, pero le excitó aquella forma de llevarla a la cama.

Al llegar a su dormitorio la lanzó suavemente sobre la cama, donde ella quedó tumbada con la melena rubia a su alrededor. Tyler se inclinó sobre ella y le retiró varios mechones que le tapaban aquel bello rostro de ojos azules que lo miraban en la penumbra de la noche, apenas iluminados con la luz que el pasillo y la puerta abierta les brindaban.

—Tienes una forma muy curiosa de llevar a las mujeres a tu cama, Tyler —le dijo mientras él volvía a la carga, ahora besándole el estómago.

—Tengo otras muchas —respondió él, silenciándole una sonrisa con sus labios en otro beso intenso y apasionado que los encendió aún más.

Ashley tiró hacia arriba del jersey de él, deseaba tenerlo piel con piel. Aprovechó que él se lo quitaba para quitarse el suyo y quedar expuesta ante él. Tyler sonrió en la penumbra de la habitación antes de volver a la carga con sus labios, deseaba besarla y perder el aliento una vez tras otra con ella. Su gran mano le cubrió a duras penas uno de sus pechos, generoso y apetecible bajo el sujetador. Sintió el pezón duro contra su palma y posó la boca sobre la prenda para apresarlos con los labios, mientras ella emitía suaves gemidos de placer con cada caricia que él le propiciaba. Una mano hábil desabrochó el sujetador liberándole los pechos, la prenda se hizo a

un lado y Tyler la observó con deleite.

—Eres más deliciosa de lo que pensaba.

Su boca se cernió sobre los pezones, por turnos, succionándolos, apresándolos suavemente con los labios y ofreciéndole varios mordisquitos que la hicieron estremecer debajo de él.

Ashley bajó las manos por el pecho de él para tratar de alcanzar sus pantalones, quería llegar al botón y a la cremallera, deseaba tocarlo y la urgencia se hacía cada vez mayor. Tyler sabía cómo volverla completamente loca de deseo y placer.

Él sonrió en su boca y con ayuda de un pie y otro se deshizo de las botas, que cayeron al suelo una tras otra, permitiéndole mejor acceso a sus pantalones. Le gustaba que ella se mostrara tan deseosa de aquello, porque él no lo estaba menos. Cuando el pantalón estuvo desabrochado, la audaz mano de Ashley se deslizó por dentro para acariciarle en toda su extensión, notando la dureza de Tyler. Este interrumpió el beso para incorporarse a los pies de la cama y deshacerse de los pantalones, dejándolos abandonados a los pies también. De nuevo la besó en los labios para bajar en un reguero de besos a lo largo de su cuerpo y detenerse en su ombligo con su lengua, haciéndola arquearse. Le desabrochó los pantalones y le bajó la cremallera para luego deslizárselos por las piernas y terminar en el suelo al lado de los suyos. Pasó la mano suavemente, ejerciendo algo de presión donde sabía que se encontraba su zona más erógena y delicada, provocándole un estremecimiento antes de acabar de nuevo en su boca, aspirando cada suspiro que ella emitía. A continuación, le bajó las braguitas que acabaron junto al montón de ropa que se apilaba a los pies de la cama.

—¿Me dejas probarte? —le preguntó Tyler en un susurro, al lado de su oído, antes de apresarle el lóbulo entre los labios—. Solo un poco, por favor.

Un asentimiento de cabeza de Ashley le dio el visto bueno, abriéndose a él que, después de besarla de nuevo en los labios, bajó hacia el centro de su placer. Pasó la palma de la mano por la zona, haciéndola estremecer, para luego bajar la cabeza y rodear con la lengua su botón del placer, algo que provocó un fuerte estremecimiento en ella.

—Otro día jugaremos a esto —dijo Tyler de nuevo en su oído, complacido tras saborearla unos minutos, sabiendo que Ashley estaba más que lista.

—Te quiero dentro de mí —le dijo ella, sintiendo que no podría soportar ni un preliminar más.

Tyler sonrió, aquellas palabras eran música para sus oídos.

—Y yo quiero ver cómo lo haces —respondió él, echándose a un lado e invitándola a que se pusiera encima. No sabía cuánto tiempo había pasado desde la última vez de ella y sabía que estaba muy excitada, pero prefería que ella tomase el mando y llevase el ritmo en aquella ocasión.

Ashley sonrió, comenzando a besar el pecho de Tyler, para bajar por su anatomía hasta llegar hasta los bóxers, que aún permanecían en su sitio. Acarició el bulto que se apreciaba poderoso a través de la tela, para a continuación tomar con los dedos la cinturilla de la prenda y bajarla hasta los tobillos, donde él en un ágil movimiento se deshizo de la misma.

Ella observó la envergadura del miembro de Tyler, sin duda estaba pero que muy bien dotado, acorde a su altura. Lo acarició con la mano desde su base hasta la punta, parándose a acariciarlo en aquel lugar con el pulgar.

—Pensaba que tenías prisa, rubia —dijo tragando saliva. Él también deseaba fundirse con ella.

Ashley lo miró con ojos de deseo y una sonrisa pícaro en sus labios, colocándose y colocándolo en la entrada de su cuerpo. Se dejó caer suavemente sobre él, aceptándolo en su interior, con alivio y placer, al sentirse llena completamente. Comenzó a moverse suavemente y se

echó hacia delante sobre él, para sentirlo más profundamente en ella. Tyler subió sus manos a su cintura y a sus pechos, admirando cómo se movían al vaivén de sus movimientos, cada vez más rápidos y placenteros para ambos.

—Lo siento, Ty —dijo ella, tragando saliva antes de arquearse sobre él, estallando en el mejor orgasmo que había tenido en mucho tiempo.

Tyler cerró los ojos y gruñó estallando a la vez que ella, explotando a la vez en su interior, sintiendo las contracciones de los íntimos músculos de ambos. Aquella mujer sí que sabía moverse en la cama, maldita sea.

Aún unidos de forma tan íntima, Ashley se inclinó sobre él y se besaron apasionadamente, aún entre suspiros y con el corazón a mil por hora.

—Quiero que me hagas esto mil veces más —le dijo él, extasiado con ella.

Ashley sonrió, todavía excitada, señal de que había sido fantástico. Como nunca antes lo había sentido con nadie.

—Yo también, Ty —le dijo, antes de que él rodara con ella, pegado a sus labios, para aprisionarla con su cuerpo bajo él.

El día después de Navidad

Tyler se despertó y observó a Ashley mientras dormía, recordando la intensa noche que habían vivido. Desde que la relación con su ex mujer se había ido a pique no había vuelto a estar con nadie. Y aun en aquella época hacía años que las cosas en la cama no habían sido lo mismo para ellos. Nada que ver con lo vivido con Ashley la noche anterior. Hacía demasiado tiempo que no se sentía de aquella manera. Después de mucho, por fin, tenía una Navidad para recordar.

Ashley abrió lentamente los ojos y se encontró con un Tyler con un gesto más relajado que el habitual en él y una sonrisa en los labios, mirándola. Aquella era una de las intensas miradas del atractivo cowboy que le calentaban el alma. Un tipo de mirada que creía nunca le había dedicado nadie.

—Buenos días —dijo él, suavemente, retirándole un mechón de pelo de la cara.

—Buenos días —respondió ella, dejándose hacer—. ¿Has dormido bien?

—Muy bien —dijo, acariciándole la mejilla.

Lo cierto era que a pesar de las horas que habían dedicado a amarse, el sueño había sido completamente reparador y, por primera vez en mucho tiempo, carente de sueños recurrentes o pesadillas, cosa que agradecía profundamente. Quizá algo había comenzado a cambiar en su vida. Y era consciente de que ese algo se llamaba Ashley.

—Me alegro. Yo también. —Sonrió ella—. Bajaré a hacer café.

—No, quédate aquí. Bajaré yo y te subiré una taza.

—Gracias.

Tyler se levantó de la cama tal cual vino al mundo y Ashley pudo deleitarse con la fantástica anatomía del cowboy. Tenía un trasero duro y bien formado que pudo admirar durante unos segundos. Se dirigió a los pies de la cama a buscar su bóxer entre el montón de ropa, que habían apilado la noche anterior allí, y continuó mirándolo, ahora de frente, observando lo bien dotado que estaba, aun en estado de reposo, pero que siempre era más patente en los hombres que, como él, optaban por rasurarse la zona íntima, algo que Ashley tenía que reconocer que le encantaba.

—Si me continúas mirando así, es posible que no obtengas una taza de café —dijo él divertido, al ser consciente de que Ashley no lo había perdido de vista ni un solo segundo. Le gustaba y excitaba a partes iguales el ser observado por ella.

—Es que... —dijo ella sonrojándose—. Me gusta lo que veo.

Tyler sonrió pícaramente. Le gustaba ver cómo se sonrojaba. Y solo iría a por el café porque le gustaba su café por la mañana, pero tenía planes con ella para después. Sin duda alguna.

Habían recuperado el coche de Ashley después de salir de la cama, algo que les había costado demasiado hacer y que casi le hacía ruborizarse cada vez que lo recordaba. No había conocido un

hombre tan apasionado, generoso y entregado en la cama como lo era Tyler. Y eso era algo que la descolocaba pensando cómo era posible que alguien así no estuviera ocupado ya.

Tyler había sacado el coche de Ashley de la cuneta con un cable y su todoterreno. Todo parecía estar bien, pero no estaría tranquilo hasta conocer la opinión de un experto. Se había empeñado en que debía llevarlo al taller de McAllister para una breve revisión y así lo hicieron, mientras comían en el restaurante del pueblo.

Por fin los teléfonos cobraron vida al entrar en zona de cobertura. El de Ashley no había dejado de sonar. Se comunicó con sus padres, que se mostraron algo preocupados, a pesar de que ella les aseguró que estaba bien, pero que estaría completamente desconectada los siguientes días. Le contaron que el teléfono del establecimiento del lago Ennis tampoco había funcionado. Ellos siempre habían opinado que si no hay noticias, era que había buenas noticias.

—Estás muy solicitada —dijo Tyler, al otro lado de la mesa de la cafetería del pueblo.

—Ya sabes, las fechas que no nos gustan ni a ti ni a mí —dijo, dejando de lado los más de cien mensajes que tenía sin leer ni contestar en su teléfono. Quería centrar la atención en él.

—Supongo —dijo, encogiéndose de hombros.

—Es agradable volver a la civilización —dijo ella, mirando a su alrededor, siendo consciente de que, aunque disimuladamente, eran el objeto de atención de los presentes. Lo consideró algo normal, al tratarse de una población pequeña como lo era aquella y ser ella una desconocida acompañando a uno de sus vecinos.

—Me suelo considerar bastante civilizado —dijo él, tratando de que sonara a reproche, aunque lo cierto era que estaba bromeando.

—No sé si lo eres todo el tiempo —le repuso ella con una mirada pícaro, insinuante.

Tyler se sintió endurecer a pesar de que habían pasado toda la mañana en la cama y consideraba que estaban bien servidos.

—Mira, rubia —dijo echándose hacia delante—. Ahí atrás hay unos lavabos bastante amplios, pero como soy muy civilizado no te los mostraré.

—Eso y que están los parroquianos un poquito pendientes de nosotros y se darían cuenta —dijo ella guiñándole el ojo y hablando en voz baja, inclinada también hacia delante.

Tyler sonrió y fue consciente de aquello. Solo había tenido ojos para Ashley y apenas se había fijado en el resto de clientes del local. Echó un vistazo, reconociendo a la mayoría de personas allí congregadas y, salvo un par de turistas más a los que nadie prestaba atención, fue consciente de las miradas de soslayo que despertaban ambos. Pero, por primera vez en mucho tiempo, no le importó. Eran miradas curiosas, solo querían saber quién era aquella mujer. No eran de las que sentían lástima por él.

—Creo que hace mucho tiempo que no ven nada tan bonito como tú por el pueblo.

Comieron relajadamente, olvidándose de todos los que tenían alrededor, charlando de temas banales. A Tyler ni siquiera le importó el recordatorio continuo que significaban los adornos navideños del local o las galletas de jengibre con las que al final de la comida les obsequiaron para acompañar el café.

—¡Tyler, muchacho! —se dirigió a él un hombre de unos sesenta años, acercándose a la mesa antes de salir del local, tras comprar un café para llevar.

—Zach —dijo Tyler, saludándolo.

—Pensaba que estabas enclaustrado en la casa del vendedor de coches.

—Ahora es mi casa.

—Claro. Me alegra verte por el pueblo. ¿Pasarás a vernos o vuelves a Norris?

—Me temo que volveré a Norris unos días más.

—¿No me presentas a la señorita?

Tyler sabía que parte del interés de Zach en saludarlo era el saber con quién estaba.

—Ashley —se adelantó ella a saludar extendiendo la mano hacia el hombre.

—Encantado, señora. Creo que ya sabe que yo soy Zach.

—Así es —dijo ella sonriendo.

—¿Debo deducir que es Tyler lo que la trae a McAllister?

—Podría ser —dijo ella, misteriosa a la vez que sonreía.

—Eso es un sí —rio Zach.

—Ashley está pasando unos días en la zona —intervino Tyler, antes de que Zach siguiera preguntando, aunque lo cierto era que no le importaba, solo quería que ella no se sintiera violenta con tanta pregunta.

—Eso es un no te importa, Zach —rio el hombre—. Me alegra verte de nuevo por el pueblo, muchacho, en serio. Hasta la vista, señora.

El vaquero apretó el hombro de Tyler con afecto y se tocó el ala del sombrero antes de despedirse y salir por la puerta.

—Espero que no te haya resultado incómodo.

—Para nada, parece un tipo agradable. Y diría que le importas.

—Lo es. Zach lleva de capataz en el rancho de mis padres desde antes de nacer mi hermano mayor.

—Entonces no se ha tragado nada de lo que hemos dicho —dijo ella riendo.

—Me temo que no.

—¿Seguro que no quieres ir a visitar a tus padres un rato?

—Seguro que no. Mi madre insistiría para que me quedase en el rancho a pasar el fin de año, y es algo que no quiero hacer. No este año.

—Por mí no lo hagas, me puedo quedar por el pueblo dando un paseo o visitando las tiendas.

—Ash, quiero quedarme contigo —le aseguró, convencido de ello, sonriéndole.

Tyler sacó la cartera del bolsillo y ella le puso la mano encima de la suya.

—No voy a permitir que pagues.

—Yo te he invitado a comer.

—Y yo llevo días gorroneando en tu casa.

—Eres mi invitada.

—Déjame invitarte, por favor.

Tyler asintió con la cabeza y volvió a guardarse la cartera. Ashley sacó la suya del bolso y dejó el dinero sobre la cuenta, además de una generosa propina.

Al marcharse del local había sentido todos los ojos que él conocía posados sobre ellos, incluso a través de la cristalera de la cafetería. Se detuvo unos instantes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ashley.

—Vamos a darles de qué hablar.

Tyler alcanzó la mano de Ashley y tiró de ella, haciéndola chocar levemente contra su pecho, para posar los labios sobre los de ella y degustarlos con hambre durante unos largos segundos.

—¿Sabes que eres un provocador? —le dijo ella, posando los ojos azules en los labios de Tyler, que se curvaron en una suave sonrisa antes de separarse y cogerla de la mano para alejarse de la cafetería en dirección al taller mecánico.

Jane

El coche de Ashley estaba en perfectas condiciones, por lo que ya tenían ambos coches delante de la casa de Tyler. Ella había decidido aceptar la oferta de quedarse en su casa los días que restaban de sus vacaciones, aunque aún no había llamado por teléfono al lago Ennis para cancelar su reserva.

—¡Jane! —dijo él, sorprendido al abrir la puerta.

La mujer al otro lado de la misma le sonrió con serenidad.

—Tyler, ¿cómo estás?

—Bien —dijo, dejándola pasar.

Ella se detuvo a mirarlo de arriba abajo y se dirigió a la zona del salón, para tomar asiento en uno de los sofás.

—Ven, siéntate aquí conmigo —le pidió, al verlo de pie al lado del sofá.

Tyler aceptó y se sentó frente a ella en la mesita de café. Jane alargó las manos y cogió las de él.

—No te esperaba —dijo Tyler sabiendo que Jane ahora vivía en otro estado.

—Tu madre me llamó para contarme que te habías comprado una casa y te venias tú solo a pasar las fiestas, con una compra como para tres meses, sin moverte de aquí.

—Mi madre no debió haberte llamado.

—Está preocupada por ti. Tyler, ya han pasado dos años.

—Lo sé —dijo, rindiéndose al recuerdo para cerrar los ojos y unir su frente con la de Jane.

—Zoe no querría que estuvieras así.

—Zoe no sabía que existíamos —dijo él en voz baja, sonando casi duro, pero se sabía realista.

—Ahora sí, ahora sabe quiénes somos. Ahora nos mira desde allí arriba. Sonríe cuando estamos felices y se entristece cuando no es así.

—Me gustaría hacerlo, pero sabes que yo no puedo creer en todo eso —dijo Tyler, suspirando.

Jane hacía varios años que se había aferrado a la religión para sobrellevar su dolor, y Tyler se alegraba por ella de que así fuera. Le alegraba saber que había encontrado consuelo con ello. Pero él no era como ella.

—Hallarías el consuelo que tanta falta te hace.

—No puedo tener de eso, no al sentirme aliviado al saber que Zoe había dejado de sufrir —le confesó. Era una verdad que le quemaba en el alma y que nunca se había atrevido a contarle a Jane hasta el momento.

—Eso no es malo, Tyler. Tu amor por ella supo que era momento de dejarla marchar. Mi parte

egoísta deseaba lo contrario, que permaneciera con nosotros aun en su situación y agonía, lo sabes. Y he comprendido que eso es mucho peor. Nuestro angelito ha descansado y está en el cielo.

—Es algo que me cuesta olvidar, Jane.

—Es hora de perdonarte. Zoe está ahí arriba, y está triste cuando tú lo estás, Tyler. Estoy segura de que ahora es un ser de luz, en paz, consciente y sin dolor.

Las lágrimas de Tyler comenzaron a rodar por sus mejillas, recordando a su pequeña Zoe.

—Solo tenía dos años, Jane.

—Dos años en los que aprendimos el esfuerzo, las dificultades y el sacrificio por alguien al que quieres, Tyler.

—Pero si se iba a ir tan pronto, ¿por qué vino?

—Todos tenemos nuestra misión, ya dure dos años o noventa. Quizá la suya era esa, el hacernos más fuertes y más humanos.

Ashley se detuvo al final de la escalera al ver a Tyler cogido de las manos de aquella mujer que estaba sentada en uno de los sofás del salón. ¿Quién era? No dejó de observar los gestos de ambos en ningún momento, era una pena que no pudiera escuchar lo que hablaban desde allí, ya que lo hacían en voz baja, apenas más alto que susurros. Cuando ambos comenzaron a besarse en los labios, Ashley supo que era suficiente y se fue hacia la habitación, donde se dejó caer en un sillón. ¿Por qué había confiado en que Tyler podía ser diferente? ¿Por qué tenía un nudo en la garganta y las lágrimas querían salir de sus ojos? ¡Maldita sea! ¡Se había enamorado de aquel hombre! En apenas unos días, Tyler se había hecho un hueco en su corazón. Un hueco que ahora sabía que no debió abrir de nuevo y que la dañaría una vez más. Parecía que nunca iba a encontrar a alguien que realmente mereciera la pena. Ahora solo tenía que salir de allí y maldita sea si tenía fuerzas para enfrentarse a Tyler.

—Lo siento, Jane —dijo Tyler, separándose de ella, al notar el contacto de sus labios.

—Perdóname, Tyler. No era mi intención... —dijo ella arrepentida de haberlo besado. Hacía dos años que se habían separado y la mitad de ese tiempo, estaban divorciados legalmente. Había sido una tontería por su parte haber hecho aquello.

—He conocido a alguien —le dijo aún sosteniéndole las manos.

—¿En serio? —preguntó ladeando la cabeza, intrigada.

—Sí. —Tyler esbozó una sonrisa—. Y si te digo la verdad, es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Jane sonrió dulcemente al verlo tan dichoso. Si se fijaba en Tyler, sus ojos desprendían una chispa que hacía mucho tiempo que había dejado de ver y su sonrisa al admitirlo era la más radiante que también veía en su rostro desde hacía años, sin duda alguna.

—No sabes cuánto me alegro. ¡Oh! —exclamó siendo consciente de un detalle que no había tenido en cuenta—. ¡Es la dueña del coche que está aparcado fuera!

—Sí —admitió él.

—¿Y por qué demonios no me lo has dicho antes? Yo preocupada porque pasaras la Navidad deprimido y recluido aquí y tú ya tenías plan. Deduzco que tu madre no lo sabe tampoco, si no, no me habría llamado.

—Bueno. —Sonrió nervioso, pasándose una mano por el pelo—. Es que la he conocido solo hace unos días.

—Suenan bien. Cuéntame más.

—Su coche se había quedado tirado en la carretera y apareció en la puerta de la cabaña pidiendo ayuda. Estaba nevando como hacía años que no nevaba por aquí.

—¡Qué romántico! —exclamó Jane, emocionada con la historia—. Seguro que no te quedó más remedio que acogerla.

—Sí —afirmó Tyler, siendo consciente de que al verbalizarlo sonaba a locura adolescente—. Entiendo si todo te parece apresurado o una locura, pero hay algo en ella que... No sé... Me gusta mucho.

—No, para nada. Me encanta verte así y sé que no es una locura, sé que ella es especial para ti, porque hacía mucho tiempo que no veía tus ojos con ese brillo al hablar de alguien.

—¿No te importa? —preguntó Tyler.

—No. —Sonrió suavemente Jane—. Me encanta que te haya sucedido algo así.

Jane se puso de pie, dispuesta a irse.

—¿Te vas? ¿No quieres conocerla?

—No quiero interferir entre ambos. Presentarle a tu ex mujer, me temo que es algo bastante fuera de lugar.

—Quizá tengas razón —admitió Tyler, siguiéndola hasta la puerta.

—La tengo. Estoy convencida de que Zoe te ha mandado a esa mujer en medio del temporal, en estas fechas, para que nunca más estés triste en ellas. Agárrala muy fuerte y sé feliz.

—Gracias, Jane. Significa mucho viniendo de ti.

Ambos se fundieron en un abrazo de despedida antes de que Jane saliera afuera y se montara en el coche, para arrancar y perderse de vista por el camino.

Jane y Tyler se habían querido, pero nunca habían estado realmente enamorados y ambos lo sabían. Zoe era el vínculo que los mantenía unidos, aparte de una gran amistad y respeto. Cuando lo único que los unía dejó de existir, consideraron que era absurdo seguir juntos y se separaron para a continuación pedir el divorcio.

Despedida a la francesa

Ashley hubiera querido optar por una despedida a la francesa, irse sin volver a ver a Tyler, sin decirle ni una sola palabra. Era otro hombre que le había hecho daño y de nuevo en Navidad. Pero eso se le antojaba poco menos que imposible. Pese a todo, tenía que reconocer que su ayuda había sido vital y le debía estar agradecida.

—Gracias por todo, Tyler —le dijo, con la bolsa de viaje en la mano, bajando las escaleras.

—¿Te vas? —dijo un sorprendido Tyler, que no entendía nada.

—He pensado que ya que tengo reserva en el lago Ennis debo disfrutar de algunos días allí.

—Pensaba que te quedarías aquí... Conmigo —dijo casi suplicante.

—No quiero molestar más. Gracias.

—Sabes que no eres molestia alguna.

Ashley se giró hacia la puerta y cerró los ojos con fuerza antes de enfrentarlo. La estaba poniendo enferma aquella actitud inocente, cuando ella lo había visto besarse con otra mujer hacía apenas una hora.

—Te he visto con ella antes —dijo Ashley, esclareciendo la verdadera causa de su marcha, ahora mirándolo a la cara—. Así que, por favor, dejémoslo estar.

Tyler se dio cuenta de que había visto las muestras de afecto entre ambos.

—No es lo que crees. Ella no...

—Nunca es lo que yo creo, Tyler. Da igual. Adiós.

Ashley abrió la puerta de la casa y tras salir la cerró con más fuerza de la que había previsto.

Tyler sabía que Ashley estaba muy molesta con él por lo que interpretaba que había visto y se dijo si debía ir tras ella o esperar y hablar al día siguiente, cuando estuviera más calmada.

—Ashley, hablemos. Ella no significa nada —le gritó, saliendo de la casa antes de que ella se subiera al coche.

—Pues lo disimulabas muy bien besándola.

Ashley cerró la puerta y arrancó, derrapando en el camino de gravilla para dirigirse hacia la carretera.

—¡Mierda! —exclamó Tyler, pegando una patada a las piedras del camino.

No está registrada

—No hay nadie registrado con ese nombre —le dijo por segunda vez Saul, el dueño del hotel del lago Ennis, donde teóricamente debía estar alojada Ashley.

—Es imposible, me dijo que estaría aquí —afirmó Tyler tragando saliva, temiendo que hubiera desaparecido sin más.

—Lo siento. —Se encogió de hombros el dueño del hotel.

—Ella tenía una reserva —afirmó de nuevo Tyler.

—Esa señorita no está.

—Pero la reserva sí, aunque no se haya ocupado, debe haber dejado su teléfono, su dirección o al menos su correo electrónico.

—Lo siento, jovencito —dijo condescendiente Saul, hablando con el aplomo de sus casi setenta años—. Son datos que no podría facilitarte.

—Saul, es muy importante que contacte con ella.

—¿Cómo de importante? —preguntó el dueño del hotel inclinando la cabeza.

—Mucho. Por favor, me conoces, sabes que no soy un delincuente, no voy a perseguir a esa mujer.

—Pues no se me ocurre otra idea de para qué necesitas esos datos de ella —dijo suspicaz.

—Necesito hablar con ella.

—Lo siento, va en contra de varias leyes federales.

Tyler dio una vuelta sobre sí mismo, resoplando y mesándose el pelo. No sabía nada de ella y la única información que podría usar para contactar le era negada.

—Gracias —dijo duramente, girando sobre sus talones para salir por la puerta del local.

—¿Dónde has dejado a la señorita hoy? —le preguntó Zach, sentándose a su lado en la barra de la cafetería del pueblo.

—Hola, Zach —saludó con desgana—. Me temo que no volveremos a verla.

—¡Vaya! Siento oír eso, muchacho. ¿Puedo preguntar qué ha pasado?

Tyler se frotó los ojos para acabar soltando el aire retenido antes de responder.

—Jane fue a verme, nos vio juntos y pensó que había algo entre ambos. Se fue como alma que lleva el diablo una hora más tarde, sin dejarme explicarle la situación. Pensé que se iba al lago Ennis, donde ella tenía una reserva y podríamos hablar al día siguiente cuando estuviera más calmada.

—¿Y no ha ido al lago Ennis?

—No. Debe haberse marchado sin más.

—¿Has hablado con Saul?

—Saul no quiere violar las leyes federales dándome sus datos.

—Ese vejstorio no tiene sentimientos. Estoy deseando que se jubile y traspase el negocio.

—Brindo por eso —dijo Tyler, levantando la taza de café.

—¿De verdad no tienes ningún dato de ella? ¿Ni siquiera su teléfono?

—Sabes que en la cabaña no hay red. Solo sé que vive en Helena y trabaja en la consulta de un quiropráctico.

—No es mucho.

—No es nada.

Zach observó a Tyler. Estaba nervioso y preocupado. Lo cierto era que hasta el día en el que los vio en la cafetería, nunca le había escuchado hablar o comentar acerca de Ashley o de la posibilidad de que estuviese viendo a alguien. Pero en cuanto los vio juntos supo que había algo muy fuerte entre ambos, y el comportamiento de Tyler en aquel momento no dejaba lugar a dudas. Aquella mujer le había calado hondo y la había perdido. No era justo. La vida no era justa con aquel muchacho desde hacía demasiado tiempo.

—Debo volver al trabajo —anunció Zach tras apurar su café.

—Yo invito —le dijo Tyler, posando la mano sobre las del capataz para detener la apertura de su cartera. Zach sonrió y se la volvió a guardar.

—Te diré algo, muchacho. Sé que no te gustan estas fechas, pero cuando la Navidad sale mal, siempre puedes confiar en el milagro de Año Nuevo.

—En algo tienes razón, Zach. No me gustan estas fechas. En milagros, ya no creo. En ninguna época del año.

Zach le apretó el hombro en señal de afecto y, sin decir nada más, se dirigió hacia la puerta del local para salir.

Trabajando en milagros

—Ya se lo dije a él, violaría varias leyes federales si le doy esos datos.

—¡Venga ya, Saul! —exclamó Zach frente al mostrador de la recepción del pequeño hotel del lago Ennis.

—Mi respuesta es no, Zach.

—Conoces a Tyler desde que era un niño. —Zach cambió de estrategia—. Sabes cómo ha sido su vida, especialmente en los últimos años.

—Lo conozco, lo sé y siento mucho por lo que ha tenido que pasar ese muchacho, pero no veo en qué le puede ayudar que yo viole varias leyes federales.

—A tu edad podrías alegar enajenamiento mental, Saul. Pero nadie te va a denunciar por ello, te lo prometo.

—¿Me estás llamando carcamal? —se quejó el dueño del hotel.

—No, solo estoy diciendo que tienes el corazón de piedra. A Tyler le gusta esa mujer y la única forma de contactar con ella es a través de los datos que tú tienes en ese maldito ordenador.

—Pero nadie me asegura que ella quiera. ¿Y si ahora se dedica a acosar mujeres?

—¡Venga ya, Saul! ¡Es Tyler! Por el amor de Dios. Medio pueblo los vio en la cafetería hace un par de días.

—¿Estáis hablando de Tyler y esa chica a la que besó en plena calle? —preguntó Anabelle, la esposa de Saul, mientras bajaba las escaleras con un montón de toallas.

Zach hizo un gesto con las manos señalando a Annabelle mientras miraba a Saul, para demostrar que aquel hecho era *vox populi*.

—¿De verdad no quieres darle una oportunidad a ese muchacho, Saul? —preguntó Zach por última vez.

—¿Oportunidad? ¿Qué ocurre? —preguntó Anabelle.

Zach y Saul le explicaron la situación, cada uno con su versión al respecto.

—Saul, busca la reserva de esa chica —ordenó Anabelle.

—Pero...

—Búscala, quiero verla.

Saul, a regañadientes, la buscó en el ordenador, Anabelle, a su lado, la miró durante un par de segundos, asegurándose de que tenía los datos de contacto.

—Saul, creo que es hora de que nos tomemos un té —dijo, dirigiéndose a su marido para tomarle de la mano y tirar de él fuera del mostrador—. Zach, si eres tan amable, cierra la puerta al salir, Saul y yo necesitamos un descanso.

Anabelle le guiñó el ojo para indicarle tácitamente que si el ordenador estaba casualmente encendido en la página donde se mostraban los datos de una reserva y alguien accidentalmente la

miraba en su ausencia, ellos no estaban incurriendo en un delito.

—Eres un encanto, Anabelle —dijo Zach esbozando una sonrisa—. Cerraré al salir.

Zach miró la pantalla del ordenador y tomó nota de los datos de aquella reserva en una libreta que había al lado de la pantalla.

Viaje a Helena

—Buenos días —saludó Zach al entrar en la clínica.

—Buenos... —Ashley se quedó de piedra al levantar la cabeza y darse cuenta de que quien saludaba era alguien conocido.

Recordaba perfectamente a Zach, el capataz del rancho de los padres de Tyler.

—Quería pedir cita —dijo asomándose al mostrador.

—¿Para cuándo le viene bien?

—¿Qué te parece si quedamos a la hora de comer?

Ashley levantó la cabeza de la agenda de citas. Estaba claro que el capataz no quería una cita con el quiropráctico, sino con ella.

—Lo siento, las citas que doy son con el médico, no conmigo —dijo algo molesta.

—Creo que deberías escuchar lo que he venido a decir.

—Ya le dije a Tyler que no quería saber nada de él.

—Y bloqueaste sus llamadas, lo sé.

—Pues creo que debería aceptarlo.

—Aun así deberías escucharme, perderás una hora o dos a lo sumo y te invitaré a comer. Luego no volverás a saber más de nosotros si así lo deseas.

Ashley sopesó la posibilidad. No era un mal trato y en realidad no tenía nada en contra de Zach.

—De acuerdo, ¿dónde?

Zach sonrió y le pasó un papel con la hora y la dirección apuntada. El muy bribón sabía que iba a aceptar. No había comido nunca allí, pero lo conocía.

—No faltes —le dijo, posando dos dedos en el ala de su sombrero, antes de girar sobre sus talones y abandonar la clínica.

La encerrona

Era la hora indicada y acababa de estacionar su vehículo frente al restaurante. Zach estaba al lado de la puerta, esperándola. ¿Qué le podría decir que la hiciera cambiar de opinión? Se temía que nada. Pero no hacía nada malo escuchándolo y tampoco tenía un plan mejor para comer. Por no hablar de que probablemente dentro de poco ni siquiera se podría permitir salir fuera a comer. La clínica cerraba en apenas un par de semanas. Y ella tendría que buscar otro trabajo.

Saludó a Zach cordialmente y entró delante de él en el local. Al llegar a la mesa pudo ver que había otra persona sentada a ella. Una ancha espalda que conocía demasiado bien. Era una trampa.

—Aquí estamos —anunció Zach.

Tyler lo miró y a su vez se sorprendió al ver que no venía solo, sino que Ashley estaba al lado del capataz.

—Ashley —susurró su nombre en un suspiro de felicidad, levantándose de la silla, nervioso y con el corazón cabalgándole en el pecho al ser consciente de que estaba frente a él, tangible y cercana, algo que había pensado que nunca volvería a suceder.

—¡Vaya! Debí haber sabido que era una trampa —dijo con disgusto ella, dándose la vuelta para salir de allí.

Una mano la asió de la muñeca deteniéndola.

—Por favor, señorita. No tiene nada que perder —dijo Zach.

—Deja que se vaya si es eso lo que quiere —dijo Tyler en un tono amargo que no le pasó desapercibido a Ashley.

—No, no voy a dejar que se vaya nadie de aquí. Vais a hablar. Tú le vas a explicar todo lo que tienes que explicarle y ella te va a escuchar. Una vez hayáis terminado de hablar, cada uno seréis libres de hacer lo que os plazca, pero, hasta entonces, más vale que os pongáis cómodos, porque de aquí no va a salir nadie. Yo estaré en la barra sin perderos de vista.

Zach se llevó dos dedos a los ojos y los señaló a ambos con un gesto que indicaba que estaría vigilándolos de cerca, aunque les daba cierta privacidad para que hablasen.

Tyler se rindió y tomó asiento de nuevo. Ashley se sentó frente a él imitándolo. Llegados a aquel punto lo mejor sería sentarse y escuchar lo que tuviera que decir el último hombre que le había roto el corazón.

—Lo siento, te prometo que no sabía nada de todo esto —dijo Tyler de forma sincera.

Zach le había conseguido el número de teléfono de Ashley, pero una vez que supo que era él quien la llamaba, se había negado en banda a prestarle atención y luego lo había bloqueado. Y aquello era algo que Tyler respetaba, por más que supiera que era totalmente injusto, dadas las circunstancias. No estaba en sus planes hacerle una encerrona o perseguirla hasta su hogar, como había hecho el capataz.

—Di lo que tengas que decir, quiero terminar con esto —le dijo Ashley, mirándose las manos, cruzadas sobre el mantel de la mesa.

Le hacía daño mirar a Tyler, tan alto, tan guapo y tan atractivo. Ahora estaba frente a ella y temía que sus ojos delataran lo que seguía sintiendo su corazón al tenerlo tan cerca de nuevo. Temía que al mirarlo a los ojos, su cuerpo le traicionase y rendirse ante él con solo un par de excusas vanas que soltase para exculparse.

—Si te quieres ir, puedes hacerlo, yo me ocuparé de Zach —dijo él, viendo la incomodidad de ella.

—Ya que parece que Zach se ha tomado tantas molestias, quiero saber qué es eso que él cree que me debes contar.

—La persona a la que viste se llama Jane y es mi ex mujer.—Tyler se lanzó al vacío abriendo su corazón, a pesar de que sabía que Ashley no estaba nada receptiva a él.

—Quizá debas volver con ella.

—No voy a volver con ella, ni ahora ni nunca. Ashley, no sé cuánto viste aquella mañana, pero sin duda lo has malinterpretado.

Ashley levantó la cabeza y lo miró a los ojos con furia.

—¿Crees que puedo malinterpretar algo cuando veo a dos personas que se están besando? ¿En serio?

Tyler supo que tenía razón y suspiró, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Sé que va a sonar estúpido, pero aquello fue un impulso y un error. Por favor, créeme.

—Cómo no —dijo sarcástica.

—Justo después de eso le dije que había conocido a alguien, le hablé de ti.

—Creo que me voy a ir —dijo levantándose de la silla. Se sentía engañada y lo que le estaba contando era una estupidez.

—¡Ashley! —Se levantó él a su vez para llamar su atención antes de que se pusiera el abrigo y saliera por la puerta—. Admito mi error, pero me gustas y me gustaría que me dieras una oportunidad.

Ashley lo miró con tristeza antes de irse sin decirle una sola palabra más, a ella también le gustaba él, demasiado, había dejado su corazón en aquella cabaña cercana a McAllister en tan solo unos días.

Una nueva visita

—Pensaba que no iba a volver a saber nada de vosotros —dijo una molesta Ashley al abrir la puerta de su apartamento y encontrarse delante de sí a Zach.

—Y yo pensaba que ibas a escuchar lo que tenía que decirte ese muchacho —le recriminó Zach.

—Escuché suficiente y siento ser tan desagradable, pero si es necesario llamaré a la policía, no es de recibo que me sigas hasta mi casa. Esto se llama acoso.

Ashley trató de cerrar la puerta, pero se topó con la bota del capataz en su camino, que la mantuvo abierta.

Zach la observó, sin lugar a dudas, aquella muchacha había estado llorando. Su visita no sería en vano, ni el traicionar la confianza de Tyler para contarle lo que él no hizo, esperaba que tampoco lo fuera.

—Eres más terca que una mula, jovencita —le espetó Zach—. No te das cuenta de que ese hombre está loco por ti. Es posible que no lo sepas, porque no llevas aguantándole cada día desde las últimas tres semanas con su humor de perros, solo porque decidiste bloquear sus llamadas y no le dejaste explicarse. Y ahora que teníais la oportunidad, tú sales huyendo a las primeras de cambio.

—Había escuchado lo suficiente —le repuso Ashley alejándose de la puerta, para sentarse cabizbaja en uno de los brazos del sofá, viendo que aquel hombre no iba a cejar en su empeño y tendría que escuchar lo que quiera que había ido a contarle.

Zach cerró la puerta y se acercó al sofá, cogió una silla, le dio la vuelta y se sentó frente a Ashley.

—No, ni tú habías escuchado lo suficiente ni él se había explicado lo bastante. Tyler ha perdido mucho en la vida y, si en algo depende de mí, no voy a permitir que pierda ni tan solo una cosa más.

Ashley fijó la vista en el hombre, intrigada. Zach suspiró, insuflándose aire para comenzar a narrarle lo que Tyler no parecía querer verbalizar.

—Jane y él comparten un dolor muy grande —comenzó a hablar el capataz—. Perdieron a su hija el día de Navidad de hace dos años.

Ashley lo miró intrigada y comenzó a unir piezas en su mente, el frasco de ansiolíticos, el humor de Tyler, su disgusto a las fiestas, su reclusión en aquella cabaña aislada, el dolor que había llegado a ver en él cuando le dijo que había perdido a alguien...

—Zoe era apenas un bebé de dos años de edad, tenía un problema genético incompatible con la vida. A pesar de ello y en contra de los pronósticos de muchos de los doctores que la vieron, vivió dos años. Tiempo en el que Tyler y Jane pasaron de ser personas ciertamente acomodadas a

perderlo todo, gastaron todo lo que tenían en los tratamientos de la pequeña, intentando que algún día pudiera ser una persona relativamente autosuficiente. Una niña que apenas estuvo en casa durante una semana a lo largo de toda su vida.

—Tyler nunca me dijo nada al respecto —suspiró Ashley.

—Tyler está harto de que la gente lo mire y lo trate con pena, lo sé. Y estoy más que seguro a que es lo que ha evitado hacer contigo.

—Yo nunca habría hecho eso.

—O quizá sí. ¿Quién lo sabe? —Zach se encogió de hombros—. Maggie, la madre de Tyler, llamó a Jane para que fuera a verlo, estaba preocupada por él, no quiso pasar las fiestas en el rancho y se aisló. Su madre estaba realmente asustada de lo que pudiera llegar a hacer. Las anteriores fiestas no fueron mucho mejor, pero al menos las pasó con la familia.

Ashley se encontraba aturdida ante toda aquella información. Tenía cientos de preguntas en su mente y maldecía a Tyler por no haber confiado en ella. Se puso de pie y se fue al lado de la ventana para mirar por ella hacia la calle.

—Entre Tyler y Jane ya no hay nada, muchacha —continuó hablando Zach—. Ni lo habrá nunca más. Solo está ese dolor que ambos comparten y por el que evitan tan siquiera verse. Si Maggie no la hubiera llamado, ella ni siquiera hubiera venido. Y si yo le hubiera dicho a mis jefes que os encontré en el pueblo a tiempo, esa visita no se habría producido. Pero quise respetar la intimidad de Tyler. Y ahora soy parte culpable de todo este embrollo.

Zach terminó su alegato y se levantó de la silla, colocándola en su lugar inicial.

—Por eso estás tratando de solucionarlo por todos los medios —dijo Ashley comprendiendo la insistencia del capataz.

—Por eso —afirmó Zach—. Y porque aunque fuera mi hijo, probablemente no podría tenerle más aprecio a ese muchacho. Merece de una vez por todas tener la oportunidad de ser feliz.

—¿Te vas? —preguntó Ashley al ver cómo se dirigía hacia la puerta.

—Ajá. Mi misión ha terminado. Solo quiero que recapacites al respecto y tomes una decisión. Tienes su teléfono y sabes dónde encontrarnos en McAllister —terminó de decir con la mano en el pomo de la puerta antes de abrirla.

—Gracias, Zach —dijo ella en apenas un hilo de voz, confundida y arrepentida de cómo había tratado al hombre, del cual ahora no dudaba de sus nobles intenciones.

Zach sonrió suavemente y puso dos dedos en el ala de su sombrero a modo de despedida antes de salir y cerrar la puerta tras él.

Buscando a Tyler

En realidad había borrado todo rastro del teléfono de Tyler del suyo y no tenía forma de contactar con él. Solo recordaba donde quedaba su cabaña y aquel pueblo, McAllister, en el que se encontraba el rancho familiar. Hasta dos semanas más tarde no pudo encaminarse hacia allí, dos semanas en las que, como ya sabía de antemano, la clínica había cerrado y tuvieron que hacer inventario y desviar los pacientes, que aún no habían sido avisados, a otros especialistas. Era libre, pero a aquellas alturas, no sabía qué se iba a encontrar cuando por fin volviera a ver frente a frente a Tyler.

La primera parada en el camino fue la cabaña de Tyler, allí donde se habían conocido y se habían enamorado, ya no se lo negaba a sí misma, aquel hombre le había robado el corazón en apenas unos pocos días, a pesar de que la idea parecía algo entre absurdo y pura magia. El lugar estaba totalmente distinto a cuando ella había estado allí un mes atrás, no había rastro de nieve alrededor. Se acercó a los establos y saludó a los animales que ya conocía, pero Tyler no estaba allí. Pensó en esperarlo, pero aquello podría llevarle horas si acaso no un día. Tenía que encontrarlo antes, no había hecho cien millas para quedarse allí parada a esperar. Quería verlo. No sabía dónde quedaba exactamente el rancho, pero preguntaría en el pueblo.

Todas las preguntas que realizó en la cafetería del pueblo acerca de Tyler y dónde encontrar el rancho familiar fueron aderezadas de pequeños datos de la historia de Tyler. Comentarios que le dejaron claro que aquel hombre lo había pasado realmente mal y que no era solo una apreciación suya el notar que sus vecinos hablaban con pena, la realidad era que la gente hablaba con verdadero recogimiento acerca de lo que le había tocado vivir a Tyler. Se notaba en sus palabras cuánto lo apreciaban y se dijo a sí misma que no se había equivocado y que aquel hombre valía su peso en oro.

Cuando salió a la puerta de la cafetería recordó el día que habían estado allí y cómo él la había besado en medio de la calle a la vista de todos. Ahora estaba segura de que Tyler necesitaba que lo vieran de otra forma y que odiaba que sintieran pena por él.

El rancho Davis

Con las indicaciones que le fueron ofrecidas por los parroquianos de McAllister, pudo encontrar sin mayor esfuerzo el rancho. Un gran cartel con el apellido familiar colgaba entre dos postes en la entrada de este. Tomó un camino que se antojaba largo, ya que no había el más mínimo indicio de vivienda a simple vista. Tras algo más de cinco minutos que se le hicieron eternos y con el corazón saltándole en el pecho de anticipación, llegó hasta las construcciones que conformaban el núcleo del mismo. Una casa señorial de madera blanca bastante amplia y varios graneros y establos a su alrededor. Detuvo el coche a un lado del camino y respiró antes de bajar. Tendría que llamar a la puerta y preguntar por Tyler, ¿Qué iba a decir? ¿Cómo se iba a presentar?

—Muchacha, ¡has venido! —Zack, que en ese momento salía de uno de los graneros, sintió una gran emoción al verla bajarse del coche. Habían pasado dos semanas y sabía que Tyler no había recibido noticias de ella, había perdido casi toda esperanza de que aquello sucediera y ahora podía agradecer que sus plegarias hubieran sido escuchadas.

—¡Buenos días! —la saludó una mujer de mediana edad que salió a su derecha, de la vivienda principal.

—¡Hola! Buenos días —dijo Ashley de forma tímida. Era posible que aquella fuese la madre de Tyler.

—¿En qué podemos ayudarte? —preguntó esbozando una sonrisa.

—La joven viene a ver a Tyler —informó Zach llegando a ellas.

—¡Oh! ¿En serio? —preguntó la mujer con un tono alegre que no parecía dejar lugar a dudas de que la mujer estaba informada de quién era—. Yo soy Maggie, la madre de Tyler. Y estamos encantados de tenerte en el rancho.

—Yo soy Ashley —se presentó ella, tímidamente, pensando que probablemente también sabían cuál era su nombre.

—Zach, llama a Tyler inmediatamente —pidió Maggie.

—Quiero darle una sorpresa —manifestó Ashley.

—No te preocupes, muchacha, se la vamos a dar, de eso puedes estar segura —aseguro Zach tomando un walkie talkie del cinturón para pulsar y hablar—. Tango dos a tango cuatro, ¿me recibes?

—Alto y claro —contestó una distorsionada voz que Ashley reconoció como la de Tyler.

—¿Necesitáis más material?

—Afirmativo, necesitamos más alambre.

—Si me dices posición os lo acerco. Además, tengo una carta certificada urgente para ti.

—La miraré más tarde.

—Creo que te la llevaré, me insisten en que es urgente.

La voz de Tyler le dijo el lugar exacto del rancho donde se encontraban. Ambos hombres se despidieron a través de las ondas de radiofrecuencia y Zach le hizo un gesto a Ashley para que lo siguiera hacia el jeep aparcado más allá, siempre bajo la radiante sonrisa de Maggie.

—Por un momento temí que no vinieras —comentó Zach.

—La clínica donde trabajaba ha cerrado y me ha sido imposible venir antes. Espero que no sea demasiado tarde.

—Ahora lo comprobaremos —dijo Zach, poniéndola más nerviosa aún de lo que ya estaba.

Una entrega especial

Zach detuvo el todoterreno a algo más de cien metros de donde trabajaban los Davis. Tres hombres y dos mujeres.

El capataz se bajó y comenzó a caminar hacia el grupo con el rollo de alambre al hombro, mientras ella los observaba junto a la puerta del jeep, sin atreverse a dar un paso. Uno de ellos era Tyler y, a pesar de que los otros dos hombres que estaban allí lucían figuras tan imponentes como la suya, su corazón supo cuál de ellos era al reconocer sus gestos.

—¿Qué demonios es eso de una carta certificada urgente? —preguntó Tyler a Zach cuando llegó a su altura y le ayudó a descargar el rollo de alambre.

—Una entrega especial, muchacho. —Le sonrió.

—Tía buena a las doce —dijo el mayor de los Davis, percatándose de una mujer de pelo largo y rubio que avanzaba hacia ellos desde el todoterreno de Zach.

Tyler dirigió la mirada hacia donde había indicado su hermano e, igual que la primera vez que la vio, le pareció un ángel encarnado.

—No puede ser —dijo en voz alta Tyler, con la respiración acelerada de repente.

—Lo es, Tyler —dijo Zach, corroborándole que no estaba viendo una visión.

Tyler dejó caer de sus manos las herramientas con las que estaba trabajando y se encaminó hacia ella sin dejar de mirarla. Por el camino quedaron los guantes de trabajo que se quitó y dejó caer sin mirar dónde hasta que llegó a su altura, con el corazón encogido saltándole en el pecho. Era Ashley y allí estaba. Frente a él.

—Ash... —abrevió y susurró su nombre casi con reverencia—. Dime que no estoy soñando.

Ashley tragó saliva antes de responder, le estaba costando que su garganta emitiera algún sonido.

—No es un sueño, Ty —dijo ella en un tono casi igual de bajo, con los ojos acuosos como los que veía frente a ella—. Dime que no llego tarde.

—Ash —volvió a susurrar con su pecho cargado de emoción y dificultad para verbalizar lo que quería decirle—. Tú siempre llegas en el momento adecuado. Siempre.

Tyler le acarició el rostro con una de sus manos, sintiendo que era tangible, real y que estaba frente a él diciéndole aquello.

—Perdóname por no haberte querido escuchar —le dijo ella.

—Perdóname por no haberte sabido explicar —se disculpó él.

Sus bocas se acercaron y se fundieron en un largo y tierno beso, deseado por ambos, que hizo que sus corazones se llenaran de felicidad.

—Te amo, Ash —dijo Tyler en un nuevo susurro. No quería más verdades a medias con ella y deseaba hacerle saber cuáles eran sus sentimientos, algo que había meditado mucho durante las

semanas que habían estado separados.

A Ashley se le derramaron dos lágrimas de felicidad al escuchar aquella confesión de boca de Tyler.

—Te amo, Ty —le dijo, sintiendo cada una de aquellas palabras en su interior. Se había enamorado de aquel cowboy en apenas unos días y aquel sentimiento no había hecho más que crecer en su interior con los días que habían pasado juntos bajo aquella tormenta de nieve.

Los labios de ambos se volvieron a unir en un beso largo y apasionado, cargado de los sentimientos que se habían dicho y otros muchos que afloraban en su interior al volver a estar de nuevo juntos.

Segundos después fueron conscientes de los silbidos y aplausos que llegaban de detrás de ellos. No eran otros sino sus hermanos, con gran sentido del humor.

—Tenemos mucho tiempo que recuperar tú y yo solos —comenzó a decir Tyler—, pero ya que estamos aquí, ¿qué te parece si comenzamos por presentarte a mi familia?

Ashley asintió, un poco avergonzada por el espectáculo tan aplaudido que habían dado, y se dejó coger en brazos por Tyler para ir con ella hacia donde estaban Zach, su padre y sus tres hermanos y hacer las presentaciones oficiales.

Once meses más tarde

—De nuevo es esa fecha del año que no te gusta —dijo Ashley, sirviéndole azúcar en el café que acababa de preparar para Tyler.

Ya no eran Saul y Anabelle los que tomaban café en el hotel del lago Ennis, ahora eran Ashley y Tyler. Los anteriores propietarios se habían jubilado y ella había decidido mudarse a McAllister y comprarles el hotel hacía apenas unos meses. Tyler seguía trabajando en el rancho de sus padres, aunque habían hablado en varias ocasiones de regentar juntos el lugar.

—Lo sé —respondió Tyler removiendo el azúcar.

—Espero que no te moleste, pero debo decorar el hotel para la ocasión, quizá no quieras venir en toda la temporada.

—Es un negocio, cariño, es tu deber hacerlo. Podré convivir con ello.

—¿De verdad?

—Ajá.

—Sé que es muy precipitado y aún los números son un poco austeros por aquí, pero creo que podría contratar a alguien que me cubra y tomar dos semanas para encerrarnos en tu casa y olvidarnos de todo esto.

Tyler apreciaba el gesto de Ashley, pero, de una vez por todas y con ella en su vida, necesita afrontar aquello y superarlo o, al menos, hacerlo lo más pasable posible.

—No, tengo que cambiar eso —dijo posando su mano sobre la de ella en la mesa—. Este año lo podemos pasar aquí con los huéspedes.

—¿Estás seguro?

—Sí. Es hora de hacerlo. Contigo a mi lado, lo conseguiré.

Día de Navidad

Se oyó el tintineo de una cuchara contra una copa de cristal. Tyler quería proponer un brindis, algo que hizo que el resto de la familia enmudeciera. Todos sabían que estaba haciendo un esfuerzo considerable al compartir aquella fecha con ellos, pero también habían notado la influencia más que positiva que resultaba el estar enamorado de Ashley, aquella joven que conocieron la mayoría de los Davis hacía casi un año mientras reparaban el cercado del rancho.

—Sabéis que no son unas fechas fáciles para mí —comenzó a decir Tyler, bajo la atenta mirada de todos sus familiares—. Pero hay cosas por las que uno debe luchar para cambiar en la vida. Y esta es una de ellas.

Ashley le ofreció su mano, que él besó dedicándole una sonrisa.

—Hace tres años un día de Navidad perdí a mi hija y quizá por ahí arriba ganaron un ángel —continuó hablando, con un toque de emoción en sus palabras.

Maggie, su madre, se limpió con los dedos una lágrima que cayó en silencio, esperando que Tyler pudiera seguir con su emotivo discurso.

—Hace un año —dijo, deteniéndose en su discurso para suspirar levemente y mirar a Ashley —, el día de Navidad, me di cuenta que estaba completa y absurdamente enamorado de esta mujer.

—Ohhhh —coreó el resto de la familia.

—Y este año, también un día de Navidad, me he dado cuenta de que no puedo vivir ni un solo día más sin casarme con ella.

Se oyeron unos leves gritos de emoción mientras Tyler apartaba su silla hacia atrás y apoyaba la rodilla en el suelo, a su lado. Sacó una caja del bolsillo del pantalón y la abrió, dejando a la vista un anillo de compromiso, antes de hacer la pregunta.

—Ashley, ¿querrás concederme el honor de ser mi esposa?

Ashley se tapó la boca torpemente con la mano, emocionada, riendo y llorando a la vez mientras veía postrado ante ella a un Tyler que esperaba una respuesta.

—Sí, claro que sí —respondió ella, costándole articular aquellas cuatro palabras por la emoción.

Tyler le puso el anillo en el dedo y se levantó para besarla en los labios, abrazándola contra su pecho.

La familia allí presente aplaudió y silbó, felices por fin de que Tyler superase su etapa más oscura y deseando que la felicidad futura le recompensara todas las penas del pasado.



Títulos de la autora:

Los Ojos de Jamie
Amor en Wyoming

Serie Rancho Atkins:

Un Vaquero Leal
Un Vaquero de Ojos Verdes
Un Vaquero Atormentado